

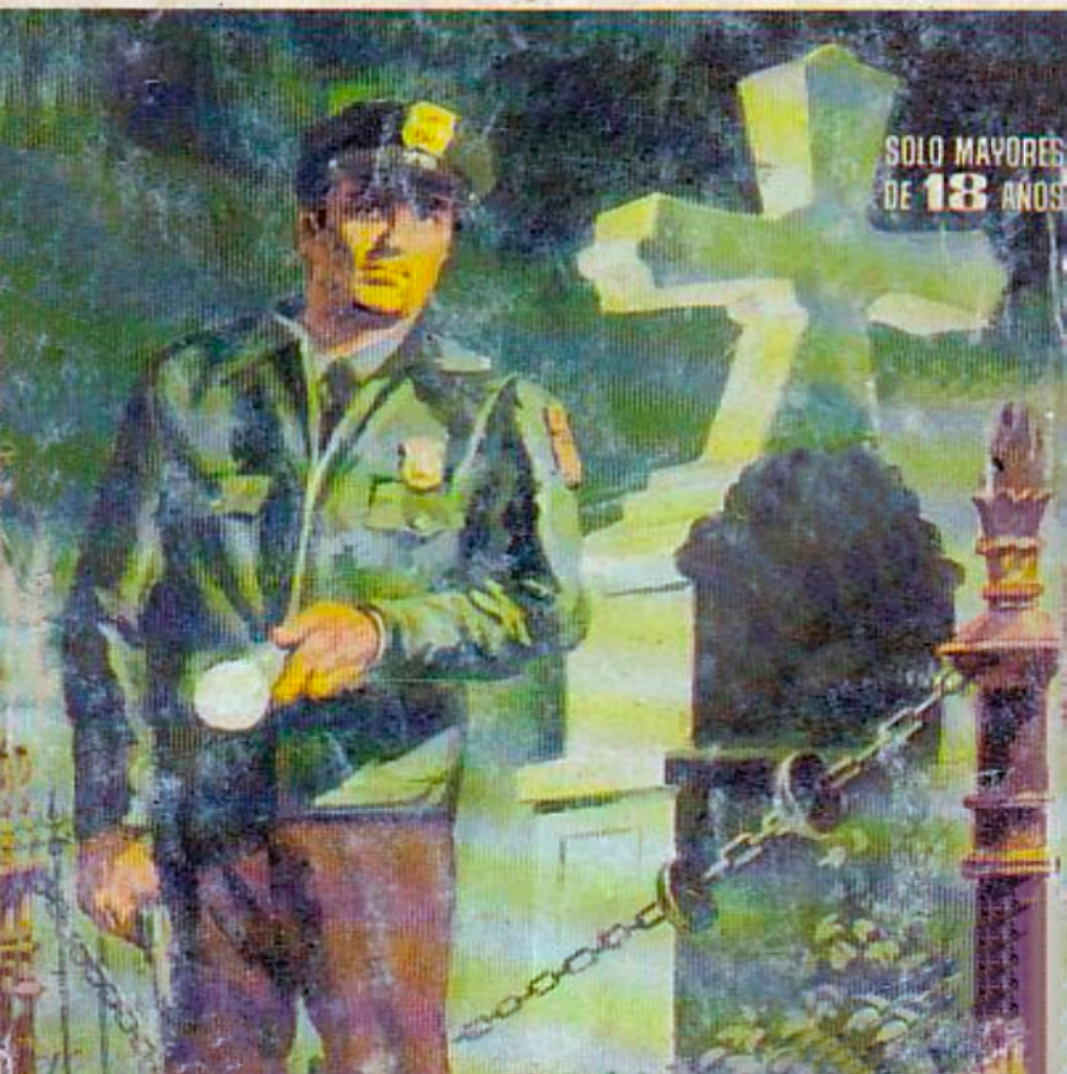
BOLSILIBROS
BRUQUERA

PUNTO
ROJO

ASESINATOS EN CEMENTERY STREET

Curtis Garland

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.590 - Halcón de plumas de oro

En Colección PUNTO ROJO:

972 - Muerte en China.

En Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

ASESINATOS EN
CEMENTERY
STREET

Colección
PUNTO ROJO n.º 981
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS
- MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 38.623 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: febrero, 1981

©Curtis Garland - 1981
texto

©Enrique Martín - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981
Según Fereydoun Hoveida, (*Historia de la novela policíaca*), el «recinto cerrado» es una de las constantes del género que más ha sido utilizada por los autores de enigmas detectivescos, y ello es bien cierto.

Desde Maurice Leblanc *El misterio del cuarto amarillo*, hasta Agatha Christie *Navidades trágicas*, pasando por S.S. Van Dyne *El dragón del estanque*, las variantes son múltiples, a veces geniales, a veces hartamente convencionales, y siempre fascinantes para el lector empeñado en hallar la solución al puzzle que le plantea el autor.

Este no es, exactamente, uno de esos desafíos mencionados antes. Sencillamente, el recinto cerrado existe, porque tiene que existir. Y en la presente ocasión, se trata de una calle. Una calle sin salida. Con una sola entrada. Sin puertas ni ventanas capaces de permitir pasar a ser humano alguno.

Y, sin embargo...

Y sin embargo, allí se cometen asesinatos. Hay *alguien* en esa calle cuando no debe haberlo.

¿Quién y cómo? Esa es la pregunta que el autor hace con su obra. Pero no es necesariamente un problema a resolver por el lector, sino por los propios personajes de la historia. Sin embargo, si alguien se decide a tomar parte en el juego, pues... ¡adelante! El autor promete jugar honestamente y dejarlas suficientes pistas a la vista del lector.

Más, no puede hacer.

C. G.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Flores! ¡Flores para los muertos...!

Era vieja, rugosa y flaca, de cabello blanco, en mechas vueltas en torno al rostro casi fantasmal. La niebla jugaba torno de ella como factor inquietante, alumbrada por los faros de los automóviles o por las luces de porches y ventáis en el barrio cercano al cementerio.

No era un espectáculo nuevo para los habitantes de Nueva Orleáns. Le veían día a día en aquella zona. Hasta Tennessee Williams lo había plasmado en su vieja obra teatral, aquella donde Blanche Dubois y Kowalsky eran los antihéroes de la oscura pasión que conducía al cementerio, como el tranvía llamado Deseo¹. En noches como aquella, húmeda y bochornosas, con el aire oliendo a los detritus del río, la voz de la vieja vendedora de flores que deambulaba por callejuelas mojadas anunciando su fúnebre mercancía, el ambiente tenía algo de siniestro y depresivo, que ni siquiera las voces de los vecinos, habitualmente vocingleros y mal educados, podía disipar.

Se veían luces en las ventanas, en las viejas escaleras adosadas a los muros o en los patios de sabor francés o español que salpicaban los barrios extremos de la ciudad como recuerdo de otros tiempos y otras civilizaciones. De vez en cuando, las notas de un piano o de un banjo, con una voz negroide canturreando algún spiritual o unos melancólicos blues con remembranzas de lamento de viejos esclavos algodoneros en las márgenes del Mississippi.

Por las antiguas vías del tranvía, hacia Chalmette, se podía aproximar uno al cementerio. Pero nadie se sentía complacido con semejante idea, pese a que el National Militar Cemetery de Chalmette no tuviera nada de tétrico en su apariencia habitual. La gente de Nueva Orleáns, repartida en gran parte en sectores negro, latino y afrancesado, acostumbraba a sentir un gran respeto por la muerte en todos sus aspectos.

Sin embargo, aquella cálida noche de pegajosa humedad, alguien estaba caminando hacia ese cementerio, sin parecer preocupado en absoluto por la vecindad del recinto funerario en el Memorial.

Era una persona que tenía una cita.

Una cita en un lugar extraño, aislado y escasamente frecuentado. Un lugar donde era fácil entrar y hartamente difícil salir, si no se utilizaba la misma ruta previamente usada al penetrar allí. Se trataba de una calle sin salida, mejor dicho, un callejón o pasaje sin salida, dada su estrechez y escasa longitud.

Su nombre tampoco era agradable ni confortable: Cemetery Street.

La cita tenía lugar a una hora demasiado avanzada. Por ello se empezaban a apagar las luces en ventanas y patios, mientras el solitario caminante se movía hacia el Este. Tampoco eso parecía

preocupar al caminante. Ni siquiera la solé dad y silencio que, paulatinamente, iban rodeándole a medida que dejaba atrás la zona más poblada, y se aproximaba a Guichard Canal, tras cuyo trazado llegaba precisamente Cemetery Street, rodeada de edificios oscuros y sombríos, nada alentadores.

Todo eso le debía de ser indiferente al caminante. Después de todo, él ignoraba que también acudiría alguien más a esa cita nocturna.

Ese alguien sería la Muerte.

* * *

La muerte.

Se presentó brusca, inesperadamente. Como se presenta muchas veces, sobre todo cuando es violenta.

La víctima no pudo hacer gran cosa por evitarla. Tan sólo gritar, alzar sus brazos, intentar defenderse de lo inevitable. Pero como era inevitable..., de nada sirvió todo ello.

Estaba sonando en alguna parte, allá entre la bruma, la musiquilla del organillo callejero, con las notas sempiternas de Cuando los santos van marchando. Su grito de agonía y de horror se mezcló con la tonadilla negroide, de resonancias entre religiosas y paganas y ecos lejanos de esclavitudes negras en las orillas del viejo y caudaloso Mississippi.

Luego, la sangre salpicó un muro de ladrillos, sucio y húmedo, donde el graffiti de algunos gamberros había trazado frases obscenas o dibujos procaces, junto a alguna protesta socia! de algún negro humillado.

La sangre siguió corriendo copiosa, resbaló hasta el suelo, para mezclarse sus regueros con otros que partían del cuello hendido por un afilado acero. Una sombra se apartó de la que se tambaleaba, para alejarse en la bruma sucia y maloliente, mientras el otro cuerpo caía despacio, hasta golpear sordamente el empedrado del callejón.

Lejano, machacón, el organillo seguía con su musiquilla monocorde:

When the Saints go marching in...

El asesino huía en la noche. La víctima yacía sobre el pavimento ensangrentado, dando los últimos espasmos. Desde el río, llegó la sirena ronca de un remolcador. No lejos de allí, por una ventana, llegaba el ruido de un televisor abierto. Desde otro punto, el ritmo de la percusión en algún cercano club nocturno. Eso era todo.

En un momento dado, también cesó el organillo callejero. Y la televisión en el piso. E incluso la música de percusión, avanzada ya la madrugada.

Nadie, todavía, había encontrado el cadáver sobre el charco escarlata.

La primera noticia de ello se tuvo cuando un policía de ronda

proyectó, cercano ya el amanecer, su linterna al interior del callejón, descubriendo un bulto en el pavimento, en medio de jirones de niebla sucia que se iba dispersando.

Se acercó. No tardó en ver la sangre y comprobar que se trataba de un cadáver. Se llevó el silbato a los labios. Lo hizo sonar con estridencia.

* * *

—Raza blanca. Treinta y cinco a cuarenta años de edad. Sin documentación alguna encima. Pelo castaño. Ojos color café. Una cicatriz de dos centímetros en la mejilla derecha. Metro ochenta y dos de estatura. Traje bien cortado, gris con rayas. Corte profundo en la garganta, de oreja a oreja. Muerte inmediata, con intensa hemorragia y seccionadas las cuerdas vocales, tal vez para ahogar su grito.

El monocorde informe del forense era como oír llover. Leo Vojdinsky se sirvió otra taza de café, juró en polaco y se miró en el espejo, sacando la lengua para ver si seguía teniendo mal el estómago, como la noche antes.

—Pestes del infierno —gruño—. Tendré que purgarme. Y encima, esto...

Apartó los papeles del informe forense. Miró al médico con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber si le robaron o no? —indagó.

—Creo que no se puede saber. Ya le dije que no lleva documentación alguna. Y tampoco dinero. Pudo ser un robo, en efecto.

—¿Qué haría el tipo en ese callejón a semejantes horas?

El cadáver se halló tarde, pero el hombre murió relativamente temprano. Calculo que entre once y doce de la noche, posiblemente.

—Esa calle no tiene salida.

—No. no la tiene. Ni puertas, ni ventanas accesibles.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no hay salidas o entradas a ¡a calleja. Las ventanas que existen, están enrejadas. Ningún ser humano podría pasar por esas rejas.

—¿Y el fondo de la calleja?

Un muro de cuatro metros de altura, con vidrios rotos y alambradas arriba. Al otro lado, un desmonte de diez o doce metros de hondura. Imposible salida para cualquiera, a menos que lleve material adecuado para escalar. Los agentes no han encontrado huellas de que se utilizara esa salida.

—Por tanto, sólo hay una entrada y salida: el acceso a la calleja.

—Exacto.

—Por allí entró la víctima. Por allí entró y salió el asesino.

—En efecto. Pero...

El teniente Vojdinsky, de la policía de Nueva Orleáns, le miró ceñudo.

—Pero ¿qué doctor Vance?

—Nada —suspiró el forense—. Dice el agente Brooks que hasta más de las doce, habitualmente, un músico ciego ocupa la entrada del callejón con su organillo de mano, tocando piezas y pidiendo limosna.

—¿De veras? —el oficial de policía enarcó las cejas—. ¿Estuvo ahí ese músico?

—Sí, estuvo.

—Por todos los diablos, un testigo ciego no es precisamente el más adecuado, pero tal vez oyó o sintió algo. Dicen que los invidentes tienen más desarrollados otros sentidos, al carecer de la vista...

—No hemos localizado aún al músico callejero. Lo están buscando ahora. Pero no será difícil dar con él. Todo el mundo lo conoce. Se llama Silas Bergerac. Es de origen francés en parte, y lleva años en las calles de ese distrito urbano, haciendo sonar su triste organillo para atraer la caridad pública. En efecto, aunque ciego, podría ser un buen testigo, aunque no el ideal que quisiéramos nosotros.

—Que sigan buscándole. Y que indaguen para tratar de identificar al muerto de alguna forma. Que publiquen fotografías suyas en los periódicos y saquen alguna por la televisión. En fin, quiero saberlo todo sobre este caso. Y usted, doctor Vance, ya me dirá lo que resulta de la autopsia aunque, a juzgar por los informes previos, no parece que vaya a haber sorpresas en ese sentido...

—No, ciertamente. Pero quizá los alimentos que ingiriera anoche, antes de morir, pueda darnos alguna pista en cuanto al lugar donde cenó y cosas parecidas. En fin, le tendré informado, teniente. Por cierto, ¿no empiezan ahora sus vacaciones?

—Maldita sea, empezaban mañana. Pero si este asunto arma revuelo, quizá tenga que aplazarlas. Mi mujer va a poner el grito en el cielo, pero un asunto tan feo vale más dejarlo esclarecido lo antes posible... Algo me dice que va a ser mucho peor de lo que parece.

El teniente Leo Vojdinsky tuvo en esa ocasión algo de profeta. Ciertamente, las cosas se iban a complicar muy pronto. Lo suficiente, al menos, para aplazar sus vacaciones por tiempo indefinido.

Porque aquella misma noche, otra persona iba a morir violentamente en Cemetery Street.

CAPÍTULO II

Esta vez se trataba de una mujer. Una vulgar ramera.

Le habían segado el cuello de tal modo, que su cabeza casi se desprendía del resto del tronco, sólo colgando por unos jirones de tejidos desgarrados por la mortal hoja de acero.

El teniente Vojdinsky soltó una sarta de juramentos en voz baja, y contempló sombríamente el enorme charco de sangre que brillaba con tonos oscuros en medio de la callejuela, a uno y otro lado del también ensangrentado cadáver.

—¿Se sabe quién era ella? —preguntó al policía de servicio que le informara urgentemente del macabro hallazgo, a primeras horas de aquella mañana, apenas clareado el cielo sobre una brumosa y húmeda Nueva Orleans.

—Claro, señor —asintió el agente Sherman, ruborizado por la repentina importancia que su rutinaria ronda nocturna de servicio había adquirido de repente con aquel encuentro siniestro en Cemetery Street—. Su documento de Seguridad Social, que es el único que llevaba encima, está extendido a nombre de Emily Parker, de profesión camarera. Sin embargo, otro documento que llevaba consigo, aludía a Emily Parker como enferma de sífilis a causa de prácticas sexuales públicas, según firma en el certificado un médico de la Sanidad local. Eso nos demuestra que era una cualquiera que vivía de la prostitución en las calles de la ciudad.

—Sin duda —admitió Vojdinsky meditabundo—. ¿Algo más sobre la víctima, agente Sherman?

—Sí, unas pocas cosas más, teniente —dijo el agente, con el énfasis de quien se considera brillante ante su superior por el esfuerzo desplegado—. Era drogadicta. Llevaba en su bolso tres dosis de LSD. También un librito de fósforos publicitario del club Bourbon, en Saint Charles Avenue. Y en él un teléfono local, el 12930.

—¿Ha averiguado a quién corresponde el teléfono?

—Por supuesto, señor —carraspeó el agente, orgulloso de sí mismo—. Es... es el del concejal Adam Sutherland.

—¡Adam Sutherland! —repitió el oficial de policía con un respingo—. ¿El candidato a diputado por Louisiana?

—Sí, señor, me temo que sí —suspiró el patrullero, consultando su agenda—. Y hay algo más señor.

—Espero que no sea tan calamitoso... —jadeó Vojdinsky—. Una furcia asesinada, que tiene el teléfono del candidato a diputado por el estado... Siga, siga, Sherman, por favor... ¿Qué más hay?

—Nada bueno, la verdad —confesó Sherman precavido, mirando a su superior, que arrugó el ceño, realmente alarmado. Y remachó, sin demasiadas contemplaciones—: Ella sabía que iba a morir.

—¿Qué? —farfulló Vojdinsky, contemplándole perplejo.

—Lo que ha oído, teniente. Vino aquí, sin duda, segura de lo que le esperaba. Sabía perfectamente que iban a matarla.

—¿Cómo puede usted asegurar algo así, agente? —le exigió el oficial con acritud.

—Por dos razones: la primera, que obra en mi poder una llamada de emergencia, hecha anoche, a las once de la noche, a la centralita de la policía, por una voz de mujer anónima. En esa llamada, cuya grabación poseemos por fortuna, puesto que se graban todas las que se efectúan durante la noche en la centralita de urgencias, la mujer desconocida, que no se identificó, dijo que esta misma noche iba a morir violentamente, y que lo sabía, pero que nadie podía detener el destino. Algo más o menos, es lo que dijo ella.

—¿Cómo sabe usted que hubo esa llamada, y por qué la relacionó con el hallazgo de ese cadáver, agente Sherman? —se interesó ya Vojdinsky, con verdadera curiosidad y sumo afán por seguir las pesquisas iniciales de su subordinado.

El joven patrullero pareció pavonearse por unos momentos, pero, sin embargo, su modo de razonar todas las deducciones establecidas fue frío y sereno:

—Muy sencillo, teniente. Le dije que había dos razones para suponer que Emily Parker vino aquí sabiendo su trágico final de antemano. La primera fue, cronológicamente, la llamada a la centralilla policial. Pero lo cierto es que, para mí, ésa fue la segunda en su exacta cronología, ya que antes hallé en poder de la víctima una anotación rápida, con letra insegura, pero que sin duda pertenece a ella, a juzgar por su firma, en un papel que guardaba dentro de su bolso. Véalo, señor.

Y le tendió a su superior un papel desdoblado, minuciosamente extendido dentro de un pequeño sobre cuadrangular de celofán, que hacía bien visible papel y texto escrito en él con bolígrafo azul oscuro: «Esta noche moriré. Lo sé. Mi vida terminará violentamente. Pero no puedo evitarlo. Sólo espero que se cumpla mi destino. El Oráculo nunca miente. Los astros no se equivocan. Dios me ayude.»

Era un papel arrancado de alguna agenda o librillo, de papel cuadriculado y perforado por un sistema de espiral. La razón por la que se pudo escribir tan extraño mensaje, sin dirigirlo a nadie en particular, y guardarlo luego hasta hallar la muerte presentida, era todo un enigma tan oscuro como el propio sentido de aquellas frases.

—Que me emplumen y me tiren al río si entiendo algo de esto —masculló con ira el teniente Vojdinsky, devolviendo el mensaje al patrullero—. ¿Eso le hizo preguntar a la centralilla, tal vez?

—Exacto, señor. Tuve un presentimiento, porque pensé que una persona no se resigna solamente a escribirse a sí misma, o a otras

personas, todo lo que teme. Indagué en la centralilla y me dijeron que, en efecto, existía una llamada coincidente, con voz de mujer.

—¿Pidió ella ayuda de alguna clase, manifestó miedo o mencionó este lugar en su llamada?

—Nada, señor. No dijo nada de nada. Solamente que iba a morir. Parecía resignada. Colgó antes de que pudieran ofrecerle ayuda. Se comprobó que la llamada fue hecha desde un teléfono público.

—¿Cuál, exactamente?

—Uno en el cruce de Florida Walk y Fortification.

—Eso significa que estaba no demasiado lejos de Cemetery Street...

—Pues... sí, señor.

—Bien. ¿A las once?

—Once y diez minutos cuarenta y dos segundos, exactamente —rectificó con su fría eficiencia el patrullero.

Vojdinsky empezó a estudiar a su subordinado con cierto respeto. Insistió:

—¿Ha dicho algo el forense sobre la hora posible de la muerte?

—Sí, señor. Entre once y media y una, aproximadamente.

—Ya —resopló el teniente—. Todo coincide.

—Todo, señor —asintió Sherman, imperturbable.

—Pudo llamar antes de dirigirse aquí... al encuentro de su destino.

—Sí, es muy posible.

—Diablos... ¿Qué querrá decir eso del Oráculo y los astros?

—Yo puedo explicárselo, señor.

—¿Usted? —Vojdinsky empezaba a mirar ya a su patrullero como a una especie de superhombre capaz de saberlo todo.

—Sí, señor —sonrió modestamente el patrullero.

—Hombre de Dios, haberlo dicho. ¿Qué cree que significa?

—Creo saber exactamente a qué se refería la infortunada Emily Parker —rectificó con suavidad el agente—. Hay en Nueva Orleans un centro u organismo dedicado a la lectura del porvenir y todas esas cosas, conforme a las normas astrológicas. Se llama precisamente. El Oráculo de los Astros, y está radicado en unas flamantes oficinas de Canal Street

—Agente Sherman, preséntese en mi Departamento esta tarde —dijo abruptamente el teniente Vojdinsky, dirigiéndose a su automóvil oficial con pasos torpes—. Diga al sargento Neville que es el nuevo adscrito al Departamento de Homicidios de la ciudad. Se lo ha ganado, muchacho.

—Sí, señor —dijo Sherman con expresión radiante.

* * *

—De modo que mi cuñadito te ha metido en su santuario.

—Exacto, Saúl. Es fantástico, ¿no?

—Yo diría que es normal. Por eso me sorprende. No creí que Leo fuese capaz de ver más allá de sus narices en ciertas cosas —miró a su interlocutor y sonrió—. Vales mucho, Randy. Demasiado para haber llevado tres años como simple patrullero. Sólo entre imbéciles como los policías podías haber vegetado tanto tiempo de ese modo.

—Deja, Saúl. Me conformo con esto. Pensé que seguiría patrullando de uniforme durante varios años más. ¿Te das cuenta? Ahora vestiré de paisano, y seré agente de Homicidios. Es algo importante. Una de mis mayores ambiciones en la vida.

—Lo siento por ti, Randy. Pero las cosas no serán al principio tan buenas como supones. Te tendrán tiempo y tiempo vegetando entre papeleo, rutina y todo eso. Cuando tengas un caso para ti, será algo así como un pequeño milagro, después de haber perdido gran parte de las ilusiones en una tumba de legajos, archivos, computadoras y todo lo demás.

—No das mucho ánimo, ¿eh? —gruñó Randy Sherman, ex patrullero de la policía de Nueva Orleans.

Lo siento, muchacho. Te digo lo que te espera, simplemente, para que no te hagas demasiadas ilusiones. Yo también empecé como tú, lleno de sueños y de entusiasmo.

—Y terminaré dándote por vencido.

— Por supuesto —bostezó Saúl Lasky, retrepándose en su asiento, y dirigiendo una perezosa mirada al río, sucio de residuos algodonereros, de aceites y de petróleo, que discurría frente a la ventana, con remolcadores herrumbrosos y embarcaciones a gas-oil en vez de los viejos, perezosos y pintorescos barcos de otros tiempos, con su gran rueda, su humeante chimenea y sus románticos jugadores de río, no tan heroicos ni arrogantes como la mayoría de las leyendas habían pretendido hacer creer. Lasky era lo bastante escéptico sobre muchas cosas para saber que la vida no es nunca un romance ni una historia de «buenos» y «malos» a la vieja usanza de los relatos del rudo Oeste y sus azules puertas del gigantesco Mississippi.

—Y ahora...

—Ahora vegeto a mi modo, pero a gusto —comentó Lasky, encogiéndose de hombros—. No soy un maldito policía teniendo que decir «sí, señor» a todo el mundo, soportando la corrupción social, moral y política cuando la practican los de arriba, y cazando a cuatro desgraciados hambrientos que roban por necesidad, para justificar los gastos del erario público en el mantenimiento de las estructuras policiales.

—Eres un cínico corrosivo —le acusó Sherman, burlón.

—Todos los cínicos lo somos. No me meto particularmente con la policía. Son un mal necesario. Pero hay mucho bastardo metido en

ella. Yo lo digo siempre. Los alemanes en la Segunda Guerra Mundial puede que no fueran tan malos como se dijo, pero había mucho hijo de perra nazi metido en ellos. Los comunistas tal vez tampoco sean unos bastardos ni unos ángeles, sólo que hay entre ellos gente honesta y gentuza, como en todas en partes. Y lo mismo sucede con la iglesia sin ir más lejos. O con el Colegio de Médicos del Estado de Louisiana. He cazado a más de media docena de doctores prestigiosos y aparentemente honorables practicando abortos ilegales, en los que incluso mataron a sus pacientes menores de edad. Otro, suministraba drogas a una pandilla callejera, robándolas del botiquín del hospital. ¿Se puede creer realmente en algo, Randy, después de haber pertenecido a la policía ocho años?

—Yo quiero tener fe en algo.

—Claro. ¿Quieres un consejo? Confía sólo en Dios. Pero cuando le reces, procura al mismo tiempo hacer algo por tu propia cuenta. El buen Dios puede que sí sea bueno, sólo que a veces debe tener demasiado trabajo para atender a todos los que le necesitan.

—Me asombras, Saúl. ¿Tan mal te trataron en la policía, siendo Leo tu cuñado?

—Leo Vojdinsky no es cuñado ni hermano de nadie —rió sordamente Lasky, echándose al colete un largo trago de su lata de cerveza—. Entonces era sólo sargento, pero me trataba como al último mono del Departamento. Subí hasta Homicidios porque resolví el asunto de los asesinos del río, y el propio jefe Winslow me propuso para el puesto. El puerco de mi cuñado ni siquiera movió un dedo en mi favor. Estaba demasiado ocupado con promocionar su propia imagen y su futuro en el Cuerpo.

—No es tan mala persona, Saúl... —trató de defenderle el ex patrullero—. A mí me está ayudando mucho, pese a lo preocupado que le tiene el asunto de Cementery Street.

—Oh, sí, eso de los dos crímenes... —asintió Lasky, distraído—. Es un feo caso, ¿no?

—Bastante. El primer asesinato sigue sin esclarecerse. Ni siquiera sabemos aún quién era la víctima. El segundo..., bueno, el segundo es muy diferente.

—Sí, lo he leído en los diarios —bostezó de nuevo Lasky, con aire abstraído y lejano—. Una fulana enferma de sífilis que es degollada brutalmente. Quizá se vengó un amante contagiado.

—Eso es otro punto raro, Saúl. La chica no estaba enferma. La autopsia reveló que se hallaba totalmente sana.

—Vaya... ¿No decían los diarios...?

—Sé lo que decían. Ella llevaba un certificado médico señalando esa dolencia venérea. Pero no hay indicios de ella en el informe forense.

—Tal vez sanó de ello...

—Tal vez. Pero no dejó indicio alguno. Ni siquiera ha sido medicada recientemente con antibióticos. Y el certificado era sólo de hace seis días. Nadie sana de una sífilis en ese espacio de tiempo, sin dejar restos del mal ni del tratamiento.

—Eso es verdad —admitió Lasky, arrugando el ceño y mirando a Sherman—. ¿Estáis despistados en el Departamento?

—Un poco, la verdad.

—Pues lo siento. No puedo ayudarlos. Tenéis medios sobrados para resolverlo solos, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto. Tú, a fin de cuentas, sólo eres un detective privado...

—¿Eh, qué quieres decir con eso? —se engalló Lasky, incorporándose y mirando agresivo a su joven visitante. Luego, se echó a reír, ante la mirada astuta del joven ex patrullero, y meneó la cabeza—. No, no, ya te entiendo. Eres muy listo, muchacho. No esperes que pinchándome voy a sentirme capaz de echaros una mano. ¿Es lo que viniste a buscar?

—En cierto modo —admitió Sherman, risueño—. Como ves, al menos existe un policía sincero en esta ciudad.

—Sólo por eso no merecerías ser policía en este cubo de basura húmeda que es Nueva Orleans —rezongó Lasky malhumorado, apurando su lata y tirándola con puntería perfecta al recipiente de desperdicios situado al otro extremo de la estancia—, ¿Sabes que el pasado año batimos el triste récord de ser la ciudad del sur que más vicio registró estadísticamente, en tráfico de drogas, violencias, atracos, estupro, prostitución y juegos prohibidos?

—Lo sé. También sé algo más: el concejal Sutherland era el encargado todo ese tiempo de controlar el vicio en Nueva Orleans, cómo comisionado de tal sección. Y su teléfono estaba en poder de la furcia asesinada...

Saúl Lasky pegó un respingo. Por primera vez, se le vio interesado de veras en algo más que destripar despiadadamente al resto de la humanidad. Sus ojos grises brillaron como pedernal chisporroteante.

—¿Lo dices en serio? —farfulló.

—Completamente en serio —asintió el policía—. El teniente mismo ha interrogado de modo discreto al Comisionado y concejal.

—¿Y...?

—Ha negado todo de forma indignada. Dice que él no tiene relación alguna con esa clase de gentuza, y que si lo policía o algún periódico le involucrase públicamente en tal asunto, iba a demandar los tribunales, por calumnia y por injurias al que cometiera tal estupidez.

—Es una reacción lógica. No iba a reconocer implícitamente que tenía contacto de algún tipo con una ramera. ¿Qué conclusiones sacó mi cuñado del interrogatorio?

—Está seguro de que Sutherland miente. Pero sería difícil probarlo. Un simple número telefónico en un librito de fósforos no significa gran cosa, y menos cuando hay que enfrentarse a una personalidad pública con influencia.

—Estamos de acuerdo. ¿De qué local era ese librito de fósforos?

—Del club Bourbon en... ¡Un momento! —Sherman miró vivamente a Lasky—, ¿Por qué sabías que era uno de esos libritos publicitarios? No he dicho nada, y los diarios no publican ese detalle...

—De algo me ha de servir mi oficio —Saúl rió, guiñándole un ojo—. Habitualmente, cuando una fulana lleva en su bolso un número telefónico en uno de esos libritos de fósforos, es porque no lleva encima ningún otro papel donde escribirlo, y al presentarse la ocasión de apuntarlo, pide fósforos en el lugar donde esté. ¿Dónde puede estar una chica de ese oficio, si no es en un local nocturno?

—Bien, Holmes —refunfuño Sherman—. Tienes razón. El club Bourbon está en Saint Charles Avenue. No tiene muy mala fama, pero van bastantes rameras de lujo por allí. He visitado el lugar. ¿Sabes algo raro? Nadie recordaba a la chica al mostrarles la foto. Todos coinciden en que nunca la vieron en ese local.

—Vaya, otro punto raro. Quizá se pusieron de acuerdo para negar haberla visto porque les convenga. Un tipo como Sutherland puede mover montañas.

—Personalmente, saqué la impresión de que no mentían. Parecían sinceros.

—Eso no tiene mucho sentido, amigo. Una chica que lleva certificado de salubridad con indicios de sífilis, y que en la autopsia no revela la menor señal de ello, y que luego nadie identifica en el lugar donde habitualmente debería trabajar... ¿Diste su nombre para ver si les era familiar al menos?

—Sí, pero con eso no se gana demasiado. Lo sé por experiencia. Las chicas de esa profesión se hacen llamar por apodos como «Lulu», «Lizzy», «Sue» y cosas así. Casi nunca las conoce nadie por su verdadero nombre.

—Sí, había pensado en esa posibilidad —Lasky arrugó el ceño—. ¿Algo más?

—No mucho. Un astrólogo y adivino. Es todo.

—¿Un astrólogo y adivino? —Lasky enarcó las cejas—, ¿Qué pinta eso en el asunto? Sherman le refirió algo que tampoco los diarios habían publicado: la extraña nota en que la víctima decía que iba a morir aquella noche. Y la mención de un oráculo que le llevó hasta unas modernas oficinas de Canal Street, donde la gente pagaba hasta mil dólares por conocer su futuro. El lucrativo negocio astrológico parecía ir viento en popa.

—¿Quién lo dirige?

—Una especie de taumaturgo fantasmal —rió Sherman—, Mitad astrólogo, mitad fante. Pero la gente cree a ciegas en él y en sus predicciones. Se llama o hace llamar profesor Thorold Carr.

—¿Un estafador?

—Podría serlo. Pero no hay evidencias de delito en su labor. La gente es libre de malgastar su dinero en tonterías así. El anuncia un servicio y cobra por él. Que engañe o no a su clientela, es asunto que ésta debe decidir. Nadie, que yo sepa, ha denunciado al profesor Carr por engaño, estafa o falsas premoniciones.

—¿Le hablaste de Emily Parker?

—Sí. Se negó en redondo a facilitar información, salvo que llevemos una orden judicial. Dice que la intimidad de sus clientes es sagrada. Se limitó a admitir que consta una Emily Parker en sus ficheros. Pero dijo que era la primera vez que veía el rostro de aquella fotografía. No pude sacarle de ahí. Es posible que obtengamos esa orden judicial para profundizar más en ese raro negocio de los astros y las predicciones.

—¿Crees que se relaciona de alguna forma con el crimen en sí?

—No puedo saberlo. Pero me sorprenden las predicciones tan exactas.

—A mí también —suspiró Lasky—. Sin embargo, como tú dices, no se ve delito en ello. Ahora, hablemos de los crímenes en sí. Del escenario, especialmente. He estudiado un plano de la ciudad. Cemetery Street es solamente un corto callejón sin salida. Al otro lado del muro de cierre hay un repecho de difícilísimo acceso. No hay puertas ni ventanas que den a él. ¿Por dónde entró y salió al asesino en ambas ocasiones? ¿Por el único acceso al interior?

—Lógicamente, así tuvo que ser. Pero...

—Pero ¿qué?

—Allí hay un músico ciego que toca el organillo todas las noches. Afirma que nadie entró ni salió mientras él estaba allí y sonaban en ambas ocasiones los gritos de la víctima.

—El es ciego. No pudo ver si ello sucedía o no.

—Es ciego, sí. Pero se sienta en la entrada, sobre una pequeña banqueta, estira sus piernas y apoya en ellas su caja de música. ¿Sabes el espacio que queda entre el final de sus pies y la pared opuesta a aquella en que él se apoya? Solamente media yarda.

—Suficiente para salir una persona sin rozarle.

—¿Olvidas que es ciego? No necesita que le rocen. No necesita ver. Los demás sentidos los tiene altamente desarrollados. Hicimos un par de experimentos con él en el Departamento, mientras le interrogábamos. En ambos casos captó la presencia de alguien, pasando cerca de él, sin robarle, aun yendo descalzo y sin producir el menor ruido.

—En ese caso..., ¿por dónde entró y salió el criminal?

—No lo sabemos, Lasky. Ese ciego sólo notó la llegada de las víctimas. La segunda, Emil Parker, echó una moneda en su platillo. Luego, alguien mató a ambos. Y no salió de ese callejón, si hemos de atender a la declaración de Pierre Leblanc, el ciego músico. Ese pobre tipo no tendría motivo alguno para mentir. Además, existe otro testigo que confirma la presencia del músico callejero en la entrada.

—¿Quién? —se interesó Lasky, frotándose el mentón.

—Boris Kelly, un camarero.

—¿Dónde estaba ese camarero cuando los asesinatos?

—En su trabajo. Hay un restaurante junto a Cemetery Street. Una ventana enrejada, y de sólidos barrotes, por la que no podía pasar ni un reptil, asoma al callejón, desde una despensa de la cocina. Habitualmente, queda abierta por la noche, y por ella llegó hasta el camarero el grito de agonía de la primera víctima, justamente mientras sonaba la música del ciego, allá en la entrada de la calleja. En el segundo asesinato, él no oyó nada. Pero durante más de tres horas seguidas, pudo oír la musiquilla machacona del organillo. Por tanto, el ciego no se movió de allí en ambas ocasiones. Eso quiere decir que nadie pudo burlarle entrando y saliendo de la callejuela. ¿Entiendes eso, Saúl?

—No —confesó Lasky, malhumorado—. Y por eso mismo, creo que voy a ayudarlos, maldita sea. El asunto que no tiene explicación lógica, siempre me fascina.

CAPÍTULO III

—Es cierto, señor. Por esa ventana entra siempre la musiquilla ele ese pobre hombre — explicó Boris Kelly, el camarero del restaurante Showboat, situado a espaldas del callejón tan pomposamente llamado en los callejeros de la ciudad por el nombre de Cemetery Street—. Puedo recordar muy bien que cuando el patrullero Brooks, nuestro habitual policía de servicio en esta zona, encontró el primer cadáver, el que no fue identificado, el grito del infortunado me llegó claramente mientras sonaba el organillo con unos blues que acostumbra a tocar frecuentemente. Pero atribuí ese grito a alguna pelea callejera, nunca a un asesinato. Cuanto me contó el patrullero Brooks lo sucedido, me llevé una impresión terrible. ¡Imaginar que yo pude haberme asomado en ese momento al callejón, y alcanzar a ver al asesino!

—Sí, hubiera sido muy probable que ocurriese así —admitió pacientemente Saúl Lasky, contemplando la decoración del restaurante, evocación algo kistch de un viejo barco de río con remembranzas de la literatura de Edna Ferber—. Pero es tal vez lo que le hubiese complicado la vida, amigo mío. De todos modos, si el criminal no escapó por la única entrada al callejón, ¿por dónde pudo hacerlo?

—Por ninguna parte, a menos que tuviera alas —comentó irónicamente el camarero, encogiéndose de hombros—. No hay salida posible, señor.

—¿Seguro?

—Absolutamente seguro, sí.

—Ese ciego asegura que nadie, salvo las víctimas, entró o salió del callejón mientras él estuvo allí tocando.

—Pues si él lo dijo... El viejo Pierre es muy astuto y sagaz, aunque sea invidente.

—Pero es que eso resulta imposible. Tuvo que entrar alguien. Y salir también.

—Si usted lo dice..., explíqueme cómo, señor. Ahora, perdone. Debo preparar unas mesas para la hora de la cena, y estoy algo atrasado en la tarea.

Se alejó hacia el fondo del local, y Saúl Lasky hundió las manos en sus bolsillos, caminando con indolencia hacia la ventana enrejada que mencionara el camarero del Showboat.

Le bastó empinarse sobre un cajón de botellas de la despensa, para contemplar una panorámica no demasiado amplia del siniestro callejón. Desde allí se dominaba, casualmente, la zona exacta en que cayera sin vida Emily Parker, según las fotografías hechas por la policía. Sin embargo, el camarero Kelly ni siquiera se había

aproximado esa noche a la ventana en los momentos del crimen. Una lástima, pensó Lasky, sacudiendo la cabeza y dedicándose a contemplar todo lo que era visible desde su emplazamiento.

No era demasiado, pero permitía hacerse una idea de las escasas o nulas posibilidades que para cualquier persona tenía aquel paraje como zona accesible, ya que en el muro opuesto, de sólido ladrillo, únicamente captó la existencia de un ventanuco alargado, a ras del suelo de la calle, perteneciente sin duda a algún sótano o bodega del otro lado de la calle. Poseía unas gruesas rejas y solamente un gato delgado y escurridizo hubiese podido colarse por allí. Alzó los ojos.

Lasky descubrió, más arriba, en un ángulo del callejón, casi al fondo, la segunda abertura visible del lugar. Esta vez se trataba de una amplia ventana encristalada, de vidrios polvorientos y oscuros, situada cosa de dos plantas por encima del suelo del callejón. Pero una red metálica y unos barrotes impedían que fuese en absoluto un lugar accesible para nadie. Daba la impresión de no haber sido tocada ni abierta en años.

Eso era todo, pensó con desaliento. Muros, paredes, ven tanas imposibles de utilizar. Y ni una puerta, ni una abertura más. La pared del fondo, la que cegaba el callejón, era altísima, lisa y rematada por vidrios agudos y alambradas espinosas. Al otro lado, el talud formaba muchas yardas de profundidad, hacia una zanja por cuyo fondo discurría una vía férrea junto a un canal de desagüe, posiblemente de aguas residuales.

—Solamente Houdini o Superman hubiesen podido entrar y salir de ese callejón sin ser advertidos —fue su amarga conclusión, bajando del cajón de cervezas y encaminándose, pensativo, de regreso a la calle.

Dejó atrás el Showboat, tras agitar distraídamente una mano hacia Boris Kelly, el camarero de origen ucraniano que servía en aquel local desde hacía dos años según propia declaración, y dando un rodeo al sombrío edificio donde se hallaba ubicado el establecimiento gastronómico, se encontró ante el viejo arco de piedra que daba acceso al pasaje propiamente dicho.

Las dos columnas del arco eran de piedra, redondeadas, y un porticado antiguo, posiblemente de origen francés o español, daba cierto aire señorial a la entrada, como si uno fuese a penetrar en un viejo patio de mansión aristocrática, en vez de pisar un feo, corto y cegado pasaje, cuya utilidad parecía a simple vista absolutamente nula.

Lasky se aventuró dentro de Cemetery Street, con paso lento y mirada penetrante. Pisó el mismo suelo desigual y agrietado que pisaran en dos ocasiones las víctimas y el asesino de los últimos sucesos sangrientos allí acaecidos.

Habían pisoteado tantos policías el lugar, que resultaba absolutamente utópico encontrar una huella que significase algo. Pero estaba seguro que, de haberla habido, su cuñado o el astuto agente Sherman hubiesen dado con ella sin dificultades. La verdad es que no esperaba encontrar nada allí. Pero había querido darse un paseo por el escenario de los crímenes. Después de todo, pensó, era casi obligado hacerlo, antes de meterse a intentar ayudar a la policía en aquel oscuro embrollo.

En el punto donde cayera Emily Parker, la última persona asesinada, era aún visible el trazo de tiza con el que la policía había marcado su lugar de caída. Alzó la cabeza.

Desde allí, era perfectamente visible la ventana angosta de la despensa del restaurante, como ya comprobara antes.

—Lástima —volvió a lamentarse—. Ese ucraniano pudo haberlo llegado a ver todo...

Pero como no había sido así, era mejor olvidarse de ello. Saúl Lasky era un hombre práctico y poco dado a perder el tiempo en lo que no tenía utilidad alguna. Después de pasear por dos veces arriba y abajo del callejón, se detuvo ante el sitio donde se marcaba el perfil del cadáver en tiza, nuevamente. Se frotó el mentón.

Un leve roce en su pierna le produjo un repentino escalofrío. No era supersticioso, pero la idea de que algo invisible pudiera flotar en aquella calle, quizá el espíritu de un difunto, no le resultaba nada alentador, por mucho que pudiera ayudarle a dar con el asesino.

Sin embargo, cuando inclinó la cabeza, descubrió que no era ése el caso. Un inocente gatito blanco y negro, se restregaba amistosamente con su pierna, como queriendo manifestarle así cierto afecto y simpatía, pese a ser un intruso en sus dominios.

—Hola, muchacho —manifestó Lasky, inclinándose y acariciando el morro y espalda del felino, que ronroneó satisfecho, pegándose todavía más a él. Sus ojos amarillos contemplaron al detective con aire amable, aunque enigmático.

Lasky buscó con su mirada en torno. La fijó en la abertura situada a ras del suelo. Evidentemente, ése era el lugar de paso del pequeño felino. Venía de algún sótano vecino y al verle allí se había parado a saludarle a su modo.

—Tal vez tú también estabas aquí esa noche... —comentó, mirándole—. Y viste lo sucedido sin poder evitarlo. Lo malo es que ahora, tampoco puedes decirme nada. Está comprobado que los testigos de este caso, no sirven para nada: un camarero que no mira, un músico que no ve... y un gato que no habla. Al diablo con todos.

Volvió a acariciarle y se apartó de él. Sin embargo, el gato le hubiera seguido, a no ser por la brusca voz que brotó de alguna parte, llamándole abruptamente:

—¡Eh, Diablillo! ¡Diablillo, ven aquí! ¡Tienes tu comida en el plato, maldito truhán!

El gato, como si hubiera sonado un clarín de atención, se apartó de Lasky, corriendo hacia un punto concreto que confirmaba la suposición del detective: la ventana enrejada del suelo. Se filtró por ella con rapidez, muy erecto su rabo, emitiendo un suave maullido de complacencia.

Lasky dejó de interesarse en el gato, para hacerlo por el dueño de aquella llamada.

Aproximose al ventanuco, se arrodilló en tierra y llamó con firmeza:

—¡Eh! ¿Dónde está metido?

Una voz bronca farfulló en alguna parte, en una zona oscura:

—¿Qué diablos quiere usted ahora? Déjeme tranquilo. Estoy dando de comer a mi gato.

—No pienso importunarle en esa tarea, amigo. Soy detective y quisiera hacerle un par de preguntas.

—Otra vez ustedes... —rezongó la voz del hombre—. Estoy harto de contestar a preguntas estos días, ¿entiende? Sólo veo policías por aquí.

—Y asesinos, supongo —contestó Lasky con sarcasmo.

—¿Asesinos? Oiga, yo no vi nada. Nunca veo nada.

—¿Es ciego también? —curioseó Lasky.

—¡Váyase al infierno! Trabajo en este almacén como conserje de noche, eso es todo. Tiene dos plantas y un sótano. Mucho espacio a recorrer por un hombre solo, ¿no cree? Me sobra trabajo durante mis rondas nocturnas, para andar asomando la nariz a una calle donde nunca pasa nada.

—No será por estos últimos días, ¿eh? —bromeó Lasky, tratando de vislumbrar, en la oscuridad del sótano, la figura y el rostro humanos que sus ojos, habituados ya a esa penumbra, iban captando poco a poco, bocetándose en la negrura húmeda del fondo. —Bueno, que me ahorquen si sé lo que pasa aquí —se lamentó el hombre—. Este lugar había sido siempre tranquilo. Hasta que a alguien se le ha ocurrido tomarlo para carnicería...

—Lo malo es que en vez de matar reses, matan seres humanos. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Marston. Wilkie Marston. ¿Qué ocurre ahora? ¿Soy sospechoso acaso?

—De momento, sólo posible testigo.

—¡Te digo que no vi nada! —protestó desabridamente el hombre—. Ni siquiera oí grito alguno. La primera noticia la tuve por la policía y los vecinos.

—Entiendo, entiendo, no se sulfure. Aunque no viese ni oyese nada, puede ser también un testigo en potencia. Pudo haber advertido algo que ni usted mismo recuerde... —Tengo muy buena memoria. Le

aseguro que no es así. Ahora, si me deja...

—Claro. Vaya con su gatito. Parece un buen muchacho.

—¿Le gustan los gatos? —la expresión de aquella bronca voz se dulcificó un tanto.

—A veces, amigo, mucho más que las personas —manifestó suavemente Lasky, poniéndose en pie y sacudiendo el polvo de sus rodilleras.

Se alejó sin añadir más. Pero no caminó muchos pasos. Ante él, mirándole sardónico,

había un hombre con los brazos cruzados, cerrándole la salida del callejón, y que le espetó con tono burlón:

—¿Luciendo tus artes de investigador, genio?

Saúl Lasky miró con escasa complacencia a su interlocutor. Asintió.

—Algo así, cuñadito —dijo con brusquedad.

* * *

—Veamos. ¿Qué consecuencias ha sacado el genio de la familia?

Saúl Lasky se limitó a mordisquear el bocadillo de hamburguesa que sostenía entre los dedos y la servilleta.

—De momento, ninguna —gruñó—. Tienes un buen lío entre manos, Leo.

—Para eso no necesitaba tu ayuda. Sé llegar a conclusiones parecidas yo solito.

—Lo siento. Sólo trataba de hacerte ver que las cosas están feas.

—También lo sé —se irritó el teniente Vojdinsky, pegando un rabioso mordisco a sus salchichas con *catsup*—. La única pista conduce a un prohombre. Y ése es terreno prohibido.

—¿Sutherland?

—Veo que estás bien informado —le miró con malos ojos—. ¿Sherman?

—Tengo mis propias fuentes de información —eludió cuidadosamente Lasky.

—¡Vete al infierno! Juraría que ese novato te ha pedido ayuda. Sé que es amigo tuyo.

—Es la diferencia de ser amigo a ser cuñado.

—¡Yo no necesito tu ayuda! —bramó Vojdinsky.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué me has traído aquí a comer, para hacerme preguntas? —Estoy en mi derecho. Soy policía. Y tú estabas en el escenario del crimen.

—¡No me digas que voy a ser el nuevo sospechoso del Departamento de Homicidios! —soltó Lasky la carcajada.

—A veces te pones insoportable, cuñado —se quejó Vojdinsky—. El hecho de que yo me haya casado con tu hermana Sofía, no significa que tenga que aguantar también a su hermanito, el gran Sherlock

Holmes de la familia.

—¿Por qué será que siempre se reúnen los polacos, sea donde fuere, terminan discutiendo a gritos? —rió Lasky con ironía, bebiendo un largo trago de cerveza.

—Yo no soy ya polaco —le recordó Vojdinsky—, Tengo nacionalidad americana.

—Yo también, ¡qué diablos! Pero nadie puede dejar de ser lo que es, por mucho que cambie su pasaporte. Eso es simple papeleo y nada más. Los humanos somos -algo más que papeles.

—A veces lo dudo, Saúl. Tendrías que ver mí mesa de trabajo, mis archivos...

—Es la burocracia. Por fortuna, estoy al margen de ella. Trabajo a mi manera. No hay ningún hijo de perra que me encasille entre cifras, referencias y todo eso.

—Dichoso tú —suspiró Vojdinsky. Se calmó, apurando sus salchichas y tomando un trago de refresco—. Hagamos la paz, cuñado. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Algo que tú no puedes decirme: cómo entró y salió el asesino de ese maldito pasaje. —Tuvo que haber un medio, todo estriba en descubrirlo. Los fantasmas no matan. Y no existen hombres invisibles.

—También hay otra cuestión.

—¿Cuál?

—¿Por qué fueron las víctimas al callejón?

—No tengo la menor idea. Seguramente solamente ellas debían saber la razón.

—Ellas... y el asesino.

—¿Qué quieres decir? —le miró ceñudo, como si volviera a disgustarse.

—Tuvo que haber algo: una cita, un encuentro o cosa así. Nadie se mete porque sí en un callejón sin salida, para dejarse matar.

—Olvidas algo: de momento no existe nexo alguno entre el primer cadáver y el segundo. Hemos enviado huellas necrodactilares a Washington, por si aclaran algo, para identificar a la primera víctima. Puede que resulte, o puede que no. Pero nada asegura que ese desconocido tuviese relación con Emily Parker.

—Estás seguro de que era ella, realmente, Emily Parker? —preguntó de pronto Saúl Lasky, con aire indolente.

Vojdinsky pegó un respingo en su asiento. Le miró, como si viera a un marciano.

—Diablo, ¿por qué no iba a serlo? Llevaba su documentación, sus pertenencias...

—Sólo eso, querido cuñadito —sonrió Lasky, con expresión astuta, inclinándose hacia él—. Sólo eso. Tenemos que su certificado médico hablaba de una dolencia venérea. La autopsia reveló que no había

indicios de tal enfermedad en la víctima. En un club nocturno donde se supone que Emily Parker era asidua, nadie identifica su fotografía.

—Pudo ser una especie de pacto de silencio. Esa gente se protege entre sí, pone trabas a la policía siempre que puede...

—¿Y el profesor Carr, del Oráculo de los Astros? —inquirió suavemente Lasky—, No acepta mostrar sus archivos a la policía. Pero admite tener una cliente llamada Emily Parker. Sin embargo, tampoco identifica a la muchacha de la fotografía. Raro, ¿no?

—¿Adónde vas a parar?

—A una posibilidad razonable: Emily Parker, por la razón que fuese, tenía una cita esa noche. Presentía que iba a morir asesinada. Y entonces, alguien se apodera de sus pertenencias, y acude a dicha cita, como si fuese Emily Parker. El asesino se deshace de ella. Y entretanto, ¿qué ha sido de la verdadera Emily Parker?

Un profundo silencio reinó al terminar su exposición Saúl. Su cuñado, aparentemente, se había quedado de una pieza. Con brusquedad, se puso en pie de un salto, sombría la expresión.

—Espera un momento —dijo—. Voy a ver si eso es cierto. Tengo que hacer una llamada.

Se metió con largas zancadas en el local, mientras Lasky, tranquilamente, se retrepaba en su asiento, y pedía una tercera lata de cerveza a la camarera. Después de todo, él no tenía que privarse del alcohol como su cuñado. El no era un policía de servicio.

La secretaria rubia, estereotipada, de sonrisa estilo Hollywood, ojos azules y bonitas piernas, que se cuidaba de exhibir generosamente al cruzarlas, debía de creer que estaba haciendo el remake de un viejo filme de Lana Turner o de Audrey Totter.

—Lo siento —dijo—. El señor Sutherland no puede recibirle. Tiene una importante reunión de trabajo hoy, y está muy ocupado. Si quiere dejar recado, yo...

—Tiene que ser personal. Debo ver al señor Sutherland —dijo Lasky secamente.

En ese caso, le ruego me deje su teléfono para llamarle en cuanto el señor Sutherland tenga día y hora libres para recibirle —dijo ella ahora con su mejor sonrisa.

—Al diablo con eso —rechazó el detective—. Ha de ser ahora, bomboncito.

Y sin más rodeos, pasó como una centella junto a la rubia, dirigiéndose a una pesada, sólida puerta de caoba, cuyas doradas letras mostraban el nombre de Adam Sutherland, Concejal y Comisionado contra el Vicio de la ciudad de Los Ángeles, además de la severa indicación de paso prohibido.

—¡No, no, espere! —gritó ella, alterando por primera vez su aspecto de muñeca rubia de los años cuarenta, para poner un gesto alarmado,

e intentar detener al intruso.

Pero Lasky se deshizo de su contacto hábilmente, dejándola atrás. Ella, aterrada, se precipitó sobre el teléfono cuando él ya empujaba sin contemplaciones la puerta del político.

Había una antesala bien amueblada y mejor alfombrada, antes de llegar a presencia del todopoderoso señor Sutherland. Quizá por ello, cuando Lasky alcanzó la amplia y pesada mesa de trabajo del concejal, éste ya estaba advertido por su secretaria de lo que sucedía.

Colgó el teléfono lentamente y se quedó mirándole con unos ojos helados y duros. Era un hombre maduro, canoso, de tez bronceada, posiblemente por sesiones de rayos ultravioleta, impecablemente vestido y con un anillo único en la mano derecha, del que brotaban los destellos cegadores de un hermoso diamante bien tallado. Su nariz halconada, parecía a punto de desprenderse sobre la recta dureza de sus labios apretados.

—Señor Lasky, soy persona comprensiva y paciente —dijo con frialdad—. Pero no me gustan los intrusos ni los entrometidos. Salga inmediatamente de mi despacho, se lo ruego.

—En cuanto hable con usted unos minutos, señor Sutherland.

—Mi secretaria ya le habrá dicho que no tengo tiempo para dedicárselo a nadie. Es mi última palabra. Buenas tardes, señor Lasky.

—Me iré cuando le haya dicho lo que tengo que decir. No antes.

—Está jugando con fuego, señor Lasky —le advirtió gravemente el político.

—Es posible. Pero a veces me gusta correr el riesgo de quedarme. Después de todo no puede tener tanto miedo al caso de Emily Parker como para pretender rehuir unas cuantas preguntas.

—Yo no temo a nada ni a nadie —le cortó glacialmente el concejal y comisionado—. Pero es mi última advertencia para que se marche. No deseo seguir siendo molestado. Si no se ausenta ahora mismo... usted pagará las consecuencias, señor Lasky.

—Escuche, señor Sutherland. Usted sabe tan bien como yo que la persona muerta no es Emily Parker. ¿La está ocultando usted mientras tanto... o ignora dónde se halla realmente en estos momentos, y está asustado de lo que ella pueda hacer si supone que anda usted involucrado en el asesinato de Cemetery Street?

Los ojos del político brillaron cruelmente, casi con ferocidad.

—Esa acusación puede costarle muy cara, señor Lasky —habló duramente—. Como enemigo, acostumbro a ser temible. Y más aún con quienes se permiten semejantes injurias y vilezas.

—No estoy injuriando a nadie. La policía puede hacer la vista gorda porque usted es un tipo de influencias, pero yo no tengo por qué seguir su juego. Estoy intentando saber lo que sucedió en ese callejón por dos veces, y sus chanchullos personales, que podrían deshacer su

honesta imagen pública, me tienen perfectamente sin cuidado. Sigo pensando que usted tiene algún lío con Emily Parker, que ella vive todavía, y que otra persona murió en su lugar, por error o por la circunstancia que fuese. La verdadera Emily Parker sí es una ramera que sufre sífilis y que sabía que iban a matarla esa noche. Si usted no colabora conmigo en la tarea de dar con ella lo antes posible, voy a tirar de la manta y publicar unas cosas en los periódicos, que no van a beneficiar en nada su carrera. De modo que elija, señor Sutherland.

El político se mostró por un momento menos seguro de sí que hasta entonces. Pero justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió con violencia a espaldas de Saúl Lasky, y éste giró la cabeza, viendo entrar a dos «gorilas» capaces de triturar entre sus manos el obelisco de Washington. Le miraron con cara de pocos amigos, y avanzaron resueltamente hacia Saúl Lasky, que les contempló precavido.

—¿Le está molestando, señor Sutherland? —preguntó uno de ellos.

—Sí, desde luego —asintió el concejal—. Y mucho. Hagan con él lo que quieran, muchachos, pero que no vuelva por aquí. Pero eviten mandarle al hospital, claro está.

—Por supuesto, señor Sutherland —afirmó el otro «gorila», cuyo parecido con una miniatura de King Kong vestida a la americana era escalofriante—. Déjenoslo a nosotros. Sabemos cómo manejar a esta clase de fulanos.

Eso era, justamente, lo que Lasky se temía. Por eso trató de fanfarronear todavía:

—Esto le costará lágrimas de sangre, comisionado. Usted y su hipócrita lucha contra el vicio van a saltar hechos mil pedazos cuando termine con mi sucia persona. Probaré que tuvo relación con una ramera sifilítica y que...

Es todo lo que puedo decir por el momento. Una especie de monolítico bloque de piedra, compuesto por cinco dedos y cinco nudillos demoledores, se estrelló contra su cara, lanzándolo al suelo pesadamente.

Antes de que pudiera reaccionar, el otro «gorila» había abierto una puerta trasera del despacho, y el que golpeara cargó con Lasky como si fuera una pluma, a pesar de los seis largos pies de estatura y las ciento ochenta libras de peso del detective. Hicieron mutis por aquella puertecilla, mientras la voz de Sutherland sonaba fría y amenazadora:

—Cuando mis hombres terminen con usted, Lasky, no va a tener ganas de meterse en nuevos jaleos. Pero si se le ocurriese la tonta idea de insistir, le advierto que la próxima vez voy a destruirle como persona y como profesional para el resto de su vida. Está advertido.

A Lasky la advertencia le tenía sin cuidado. Le bastaba con sentir

chorrear la sangre de su rota nariz, y dolerle los huesos y las encías por el mazazo recibido que, él bien lo sabía, no iba a ser el último, ni mucho menos.

Cuando le metieron en un coche como un fardo, a espaldas de las suntuosas oficinas del Comisionado en el corazón de Nueva Orleans, sabía que la danza sólo acababa de empezar. Y que él llevaría la peor parte en el ballet que se avecinaba.

Aun así, era obstinado y terco como una mula. Decidió tomar su propia iniciativa, aun a costa de recibir todavía más. Se revolvió en el coche, logrando pegar un patadón en los testículos de su próximo adversario, y un mordisco feroz a la mano del otro.

Aullaron los dos «gorilas» como si los mataran. La mano del mordido se llenó de sangre, y el otro se tocaba su parte herida como si le acabasen de capar de un tijeatazo. La respuesta no se hizo esperar, mientras el chófer, allá delante, miraba divertido por el retrovisor, no se sabía si gozoso por la paliza que empezaban a darle, o por el hecho de que algún tipo hubiese tenido las agallas de enfurecerles con su virulencia.

Lo cierto es que la lluvia de golpes fue brutal. Lasky solamente pudo estirar una mano y hundir un dedo en el ojo de uno de ellos, obligándole a chillar como un cerdo. Pero cada acto agresivo suyo significaba, al menos, una docena de golpes más sobre su cara y cuerpo.

Patadas, puñetazos, golpes con el filo de la mano y hasta cabezazos, recibió en cantidad durante los minutos siguientes. Sólo sabía, al terminar la paliza, que estaba rebozado en sangre, vomitando dientes y convertido en una auténtica piltrafa viviente.

Le arrojaron del coche en un suburbio que creyó identificar borrosamente como una zona portuaria del lago Portchartrain, al norte de la ciudad, no lejos del West End Park.

El coche se alejó, y Saúl Lasky sólo pudo hacer dos cosas, tumbado entre desperdicios y cubos de basura, en un ambiente de fétido olor a detritus, humedad y petróleo: quejarse entre dientes y perder el sentido.

CAPÍTULO IV

—Pero ¿qué te han hecho, Saúl?

—No preguntes. ¿No ves que estoy hecho unos zorros?- Déjame entrar y trata de ayudarme un poco a reparar los desperfectos. Luego habrá tiempo de hablar de todo ello, Laura.

Laura Scott asintió, con expresión preocupada, apartándose para que el tambaleante e inseguro Saúl Lasky pudiese entrar en la vivienda y dirigirse, dando tumbos, hasta un sofá donde se dejó caer

pesadamente.

Allí, entre gruñidos de dolor y de rabia, logró quitarse la chaqueta rota y sucia de sangre, y empezar a desabrochar la camisa empapada en un rojo y feo, antes que la propia Laura pudiera llegar hasta él y ayudarle con ademanes más suaves, menos dolorosos para las partes heridas de aquel cuerpo tullido, sangrante y lacerado.

—Por todos los infiernos, juro que volveré golpe por golpe a esos bastardos... —jadeó entre dientes, a medida que ella iba dejándole desnudo de medio cuerpo para arriba. Lo bastante desnudo para que, horrorizada, contemplase los cortes, magulladuras, hematomas y morados que cubrían el cuerpo del detective.

—Pero Saúl, ¿quiénes fueron capaces de algo así? —gimió, muy pálida, aunque conservando la serenidad.

—Un par de cerdos cuyo trabajo es éste —rezongó Lasky entre dientes, sintiendo que sus encías ensangrentadas y sus dientes, alguno de ellos rotos, le dolían horriblemente al hablar—. Espero que la próxima vez que nos veamos, esté yo en guardia.

—Valdrá más que no vuelvas a verlos. Te han dejado hecho trizas —fue hacia la cocina, y regresó con la palangana de agua. De un mueble, en el cuarto de aseo, extrajo un pequeño botiquín casero. Con todo ello, regresó junto a Lasky—. Voy a dejarte lo mejor posible, pero no te garantizo nada. ¿Por qué no te ve un médico?

—Porque tendría que darle muchas explicaciones, y no iba a creerse que me pilló una apisonadora. Mejor será que lo hagas tú, cariño. Para algo has sido enfermera, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí —se lamentó ella, iniciando su tarea con un lavado de las heridas, previo a la desinfección de las mismas. Cada movimiento suyo la dañada piel de Lasky, provocaba a éste quejas apagadas o convulsiones de su cuerpo.

Tuvo que curarle hasta rasguños e inflamación genital, sin que su rostro se alterase por ello lo más mínimo. Cuando hubo terminado, la tarea era satisfactoria. Lasky se hallaba relajado, sus ojos expresaban alivio, y miró con ternura y gratitud a la muchacha.

—Gracias, Laura —dijo roncamente—. Siempre me acuerdo de ti cuando hay problemas, ¿no es cierto?

—No te preocupes —sonrió ella—. He empezado a acostumbrarme a esta clase de relaciones con un tipo como tú.

—Te prometo que este año nos casaremos.

—Eso dijiste ya el año pasado, y posiblemente el anterior por estas fechas. No te preocupes demasiado por la boda. Un astrólogo me dijo que estaré soltera al menos hasta los cuarenta años. Aún queda mucho para eso.

—Malditos astrólogos... —refunfuñó Lasky. Luego se incorporó, pese a sus dolores, apósitos y vendajes, aunque torciendo el gesto con una

convulsión —. ¿Astrólogos, has dicho?

—Sí —le miró—. ¿Qué tiene eso de raro?

—No serás tú una de esas chifladas que acuden a la consulta del profesor Thorold Carr...

—¿Cómo lo sabes? —pestañeó Laura Scott—. Oh, sí, olvidaba que eres detective...

De modo que vas al Oráculo de los Astros.

—¿Lo conoces? No sabía que creyeras en el horóscopo.

—Claro que no creo. Pero ese truhán está metido de alguna forma en el asunto que investigo. Me interesa el profesor Carr, sea quien fuera.

—No habrá sido por su culpa que te hayan puesto así... —dudó Laura

—. Parece un hombre tranquilo y pacífico...

—Oh, no ha sido él. Hay gente peor que los adivinos y los estafadores: los políticos. Háblame ahora del «profesor». ¿Te atiende él personalmente?

—Oh, sí. El atiende personalmente a todo el mundo.

—Y supongo que a un buen precio...

—No seas prosaico, Saúl. El cobra razonablemente a sus clientes. No tiene la culpa de que haya viejas millonarias caprichosas que no quieran guardar turno y paguen tarifas de urgencia. Entonces puede salirles bastante caro, pero no es ese mi caso. Cuando voy, acudo el día y hora que me fija, y sólo pago cincuenta dólares por la consulta.

—Precio de saldo, vamos. Y el tal Carr, ¿te da la impresión de ser un auténtico astrólogo o un farsante de buen ver?

—Es un hombre honesto, estoy segura. Acierta la mayoría de las predicciones.

—Si lo llego a saber, le visito antes de hacerlo al Comisionado. Eso me hubiese podido impedir una buena paliza... Otra cosa, Laura. ¿Es un hombre discreto?

—¿A qué te refieres? —se extrañó ella.

—¿Crees que sabe guardar el secreto de sus clientes?

—Estoy convencida de ello. Sí, es un hombre discretísimo. Lleva un fichero privado de su clientela. No le he oído hablar de nadie, pese a llevar meses visitándole.

—De modo que no te ha contado nada de sus clientes.

—Ni por asomo.

—¿Os hace preguntas muy... íntimas?

Ella bajó la mirada. Pareció turbarse por un momento.

—Bueno, a veces sí. Dice que es imprescindible conocer la trayectoria vital, para unirla a la astral y sacar conclusiones dignas de crédito. Además, dice que eso configura la personalidad de uno.

—Comprendo. El tal «profesor» podría hacer otro saneado negocio, facilitando a alguien informes confidenciales de su clientela, cuando ésta estuviese formada por damas de alta sociedad, finanzas y cosas

así, a las que hubiera sonsacado detalles demasiado íntimos de ellas, de sus esposos., e incluso de sus posibles amantes.

Laura enrojeció vivamente. Era rubia y bonita. Ojos claros y piel blanca y suave. Ahora, de pronto, su piel estaba del color de la púrpura y sus ojos centelleaban, con aire ofensivo.

—¡Eso nunca, Saúl! —protestó—. No debes pensar mal de todo el mundo. El profesor es un hombre digno de toda confianza, te lo aseguro. Tengo fe ciega en él.

—Ya lo veo —la miró, pensativo—. He aquí que mi novia confía más en un astrólogo de medio pelo con visión comercial, que en su propio futuro esposo. Oh, perdona. Olvidé que él te ha pronosticado soltería hasta los cuarenta. ¡Qué diablos! ¿Qué dirías tú si te propongo casarnos mañana?

—¿Mañana? —ella pegó un respingo, mirándole asombrada—. ¿Tú harías eso?

—No lo haría. Lo voy a hacer —afirmó rotundamente Lasky—, Aunque tenga que ir a la boda en silla de ruedas. ¿Qué te parece la idea?

—Oh, Saúl, sería maravilloso —se ilusionó ella—. Pero ¿por qué esas prisas después de dos años de relaciones?

—Soy muy obstinado, Laura —sonrió Lasky—. Voy a probar a tu mago particular que los astros se equivocan.

—Es eso, ¿eh? —un brillo de enfado asomó de nuevo a los ojos de Laura—. Simple cabezonería. Pues te aseguro que voy a negarme y te voy a...

—Basta, basta —rió Saúl, alzando sus brazos cómicamente—. No vas a disuadirme, Laura. Nos casamos mañana, quieras o no. Está decidido.

—Y todo por desafiar a los astrólogos, no por convicción. Eso es simple vanidad, Saúl. Puede que los astros se enfurezcan por pretender eludir el destino.

—Oh, y entonces caigan sobre la tierra, fulminándonos —Saúl soltó una carcajada que le hizo sentir mil cuchilladas de dolor en sus costillas. Se puso serio en seguida—. Recuerda: mañana a las once nos casamos. Luego, iré a ver al profesor Carr, antes de iniciar nuestra luna de miel.

—A veces, Saúl, no sé si eres adorable... o eres odioso —se lamentó ella.

Pero el detective había cerrado los ojos, se había estirado en el sofá, y dormía profundamente en apariencia, dando la discusión por terminada. Laura fue a buscarle una manta y le cubrió suavemente con ella.

Se acostó la joven en el cercano dormitorio, dejando una pequeña luz encendida, por si el dolor de la fiebre despertaba en la noche a su novio. Pero fue ella quien se despertó, ya avanzada la madrugada.

Consultó su reloj y se incorporó. Eran ya las tres de la mañana, menos unos pocos minutos. Saltó, poniéndose una bata, y fue a ver si Saúl dormía apaciblemente.

No lo encontró. Se había marchado. La manta estaba arrebujaada a los pies del sofá. Sobre una mesita de centro inmediata, había dejado apoyado el papel escrito sobre el teléfono. Era un breve mensaje:

«Gracias por todo, cielo. Recuerda:
mañana a las once. Estaré ahí a las
diez con la licencia matrimonial.
Besos,

»S.

Sonrió, regresando a la cama. Saúl era así. Y así había que aceptarle. Pero estaba preocupada. Antes de dormirse, se preguntó si no era una locura desafiar al destino, querer burlar a los astros.

—¿Resultará bien? —se preguntó.

Y como la respuesta que se le ocurrió no le gustaba, optó por intentar dormirse, lográndolo tras varios minutos de intentos desafortunados.

* * *

—¿Qué diablos te ocurre a estas horas, cuñadito?

—¿Y a ti? ¿Qué te ha ocurrido?

Saúl Lasky, cargado de sueño, pistola en mano, y con el torso cubierto por sus vendajes y esparadrapos, se apartó de la entrada, tirando el arma sobre el mueble, y tapándose tardíamente el cuerpo maltrecho. Su cuñado, el teniente Vojdinsky, entró en el pisito a paso de carga.

—Me arrolló un camión —dijo ambiguamente Lasky, cerrando la puerta e intentando que el sueño se fuese de sus pesados párpados, el dolor de su cuerpo, y la fiebre de su cansado pellejo. No tuvo mucho éxito en ninguna de las tres cosas.

—Sí, suele ocurrir —admitió filosóficamente el teniente Vojdinsky, mordiendo el filtro de su cigarrillo con gesto huraño. Hundió las manos en su gabardina arrugada y sin abotonar, añadiendo con aspereza — : Sobre todo cuando uno se mete en política.

—Vaya, ¿quién te lo contó? —había irritación en el tono de Lasky.

—Un pajarito. ¿Por qué metiste las narices en eso? Incluso la policía debe andarse con pies de plomo ante gente así. Y vas tú, un mediocre investigador privado que se cree el número uno, y se mete con todo un Comisionado contra el Vicio.

—Deberían depurarlo a él en primer lugar —rezongó Lasky—. Creo que esté metido en el vicio que pretende combatir, hasta las orejas. Si no es proxeneta de furcias de lujo, es homosexual y un montón de cosas más.

—Sea lo que fuere, es Adam Sutherland. Es un hombre público y prestigioso. No se puede encarar a él con la esperanza de llamarle de todo y quedarse tan tranquilo.

Ese tipo no me gusta nada, Leo. Y no sólo porque use «gorilas» para espantar a las moscas.

—Te guste o no, es intocable, vete metiéndote eso es tu obstinada cabezota. Otra cosa, Saúl.

—¿Qué?

No he venido aquí a interesarme por tu salud, simplemente. En el departamento alguien ha dejado un mensaje para mí. Lo abrí. Y resultó que era para ti. Lo siento, pero como ves, lleva mi nombre. Creo que lo hicieron a propósito para que yo también lo leyera...

Frunció el ceño Saúl, sin entender gran cosa. Vojdinsky le tendió un sobre abierto. Efectivamente, en éste se leía con toda claridad:

«Al teniente Vojdinsky, de Homicidios.
Personal»

Extrajo una cuartilla doblada y manuscrita. La desplegó, sus mandíbulas crujieron al leer el contenido. Los acerados ojos de Lasky echaron chispas y sus dedos estrujaron el papel.

¡Sucio marica! —jadeó, descompuesto, sin sentir ya otro dolor que el de la lectura de aquel texto.

Este era tan breve como hiriente:

«Señor Lasky: Hoy ha tropezado en una piedra demasiado grande para usted. No vuelva a ponerse en mi camino, o será peor. Seguro que no le gustaría que se diera a la publicidad que su bella prometida, Laura Scott, ha sido durante varios años una conocida lesbiana. Pregúntele por Vivian.

»Un buen amigo.»

Lo siento —dijo sordamente Vojdinsky, paseando de espaldas a su cuñado—. No hubiera querido leerlo, pero...

—Mataría a un hombre por mucho menos que esto —silabeó Lasky, furioso.

—No digas tonterías. Ninguna rata merece que un hombre vaya a presidio por aplastarla. Ni siquiera Sutherland.

Lasky no dijo nada. Fue al teléfono. Lo descolgó. Marcó un número. Su cuñado giró la cabeza. Le contempló, arrugando el ceño. La alarma cruzó su semblante.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ya ves. Hacer una llamada —silabeó Lasky.

—¿No pretenderás ahora...? —comenzó Vojdinsky, agitado.

—Sí —masticó Lasky las palabras—. Es lo que pretendo.

Sonó bastantes veces el teléfono al otro lado del hilo. Por fin, alguien lo tomó.

—¿Sí? —sonó una voz somnolienta, lejana, que crispó a Lasky con un dolor infinitamente superior al que experimentara tras la paliza recibida a manos de los matones de Sutherland.

—¿Eres tú, Laura? —preguntó, crispado.

—¿Saúl! —se sorprendió ella—, ¿A qué viene esta llamada ahora? ¿Ocurre algo?

—Lo sabrás en seguida —eligió la frase más contundente y esclarecedora. No quería prolongar innecesariamente aquella maldita agonía—, ¿Quién era Vivian?

Un silencio. Un profundo, horrible silencio en el teléfono. Sólo escuchó, tras él, una respiración agitada.

—Saúl... —comenzó ella.

—Responde. ¿Quién era Vivian?

Otro silencio. La voz de Laura era ronca, insegura:

—¿Quién te habló de ella?

—Eso importa poco. Me han hablado de algo más. De mucho más. ¿Vas a responder o no?

—No creo que haga falta, Saúl

—De modo que no niegas nada siquiera.

—¿Para qué? Creo que lo sabes ya todo. Pero eso pasó. He pensado en cambiar...

—Nunca se cambia, Laura. No del todo.

—Lo sé —otra pausa penosa—. Creo que todo está dicho. No vengas mañana.

—No, no iré. Ni mañana ni otro día.

—Será lo mejor. Lo siento. Saúl. No debimos desafiar al destino.

—Es evidente que no. Adiós, Laura.

Colgó. Se dejó caer lentamente en una butaca. Vojdinsky le miró en silencio.

—Maldita sea, no debí venir a verte ahora —gruñó.

—¿Qué importa el momento? Tenías que decírmelo. O lo hubieran hecho otros. Ese bastardo ha sabido dar en el punto preciso.

—Me pregunto cómo llegaría a saberlo él...

—Yo tengo una cierta idea —silabeó roncamente Lasky—. Mañana visitaré al profesor Carr.

—Ten cuidado. No te dejes pegar. Pero tampoco me mandes a nadie a la Morgue. Aun siendo el marido de tu hermana, tendría que arrestarte por homicidio.

—Nunca espere favores de la familia —sonrió tristemente Lasky, tomando un cigarrillo que su cuñado le encendió—. Anda, vete a

descansar. Lo necesitas tanto como yo.

—Sí, será lo mejor.

Se encaminó lentamente hacia la salida. El teléfono sonó. Vojdinsky se paró en seco. Los dos hombres cambiaron de mirada. Nadie tomaba el teléfono. Y éste seguía sonando.

Por fin, Lasky descolgó. Preguntó ásperamente:

—Sí, Saúl al habla. ¿Quién infiernos llama a estas horas? —asintió, tendiendo el aparato a Vojdinsky—. Es para ti, cuñado.

—Será el Departamento —se excusó él—. Dije que estaría aquí si me necesitaban... sí, soy yo. Ah, Sherman, ¿es usted? ¿Qué diablos ocurre ahora?

Escuchó en silencio. Su rostro se conmovió. Lasky fumaba sin mirarle, absorto en sus pensamientos, ya sin sueño, sin dolor, sin cansancio. Pero roto, hundido.

—Sí, entiendo —dijo sordamente Vojdinsky. Colgó, tras decir con rapidez—: Voy ahora mismo para allá.

Fue hacia la puerta con rapidez. Saúl Lasky le preguntó vagamente, como si estuviera a veinte millas de allí:

—¿Algo malo?

—Peor —fue la hosca respuesta del cuñado—. El patrullero Brooks ha telefoneado desde su demarcación. Hubo otro asesinato en Cemetery Street.

CAPÍTULO V

Esta vez no estaba contemplando un simple contorno en tiza blanca sobre el pavimento del callejón.

Era un cadáver. Un cadáver auténtico, sobre un charco de sangre. El aire olía a humedad, a humo, a suciedad y a sulfuro. Había niebla. Y frío de madrugada. Eran ya las cinco y cuarto. Pero aún era noche cerrada.

—Un fotógrafo ambulante muy conocido —señaló lentamente el agente Brooks, mirando el cadáver—. Frank Colfax. Incluso vino aquí con su cámara... Me pregunto a qué.

—A morir —sentenció Vojdinsky con escaso sentido del humor.

Rodeó el cuerpo, mientras los expertos de su Departamento fotografiaban al que siempre había fotografiado a los demás en las calles y locales nocturnos de Nueva Orleans. No lejos del muerto, Saúl Lasky, envuelto en un impermeable que, pese a ello, no le impedía tiritar febrilmente de vez en cuando, recorría el callejón de un lado a otro, sintiendo que las aspirinas que había ingerido para salir con su cuñado hacia Cemetery Street, le estaban produciendo una acidez de estómago insufrible.

Se detuvo ante el ventanuco a ras del suelo. Se puso de cuclillas y contempló los fosforescentes ojos amarillos que le estudiaban desde la oscuridad. Hizo chascar sus dedos amistosamente.

—Hola, Diablillo —saludó.

Le respondió un maullido. Pero el gato no salió de su sótano esta vez. Parecía asustado por algo. Vojdinsky se volvió, perplejo, mirando a su cuñado.

—¿Qué quieres? —refunfuñó.

—Nada —sonrió duramente el detective—. Saludo a un amigo. Está asustado, se ve que la muerte le da miedo. O tal vez el olor a sangre.

Vojdinsky farfulló unas cuantas maldiciones al comprobar que su cuñado se entretenía con un gato, habiendo allí el cadáver de un hombre fornido, todavía joven, pero vestido con no demasiada elegancia ni lujos. Del fondo del callejón, como materializándose en la bruma, igual que un fantasma, emergió una figura extraña y obsesiva.

Era un hombre de ralo pelo canoso, flotando en hilachas sobre un cráneo casi calvo. Un rostro rugoso e inexpresivo fue iluminado por las lámparas de los policías y el flash de las fotografías oficiales. Parecía tenerle sin cuidado todo eso, el no podía verlo.

Era ciego. Sus ojos de párpados abiertos, sólo ofrecían el vacío de unas órbitas desaparecidas. Vestía miserablemente, pero limpio. Una caja musical con manubrio, colgaba por dos anchas correas de gastado cuero, desde sus hombros. Caminaba pesadamente, con unas viejas botas de goma agrietadas. Lo mismo podía tener cincuenta que

ochenta años. La ceguera, la indiferencia por todo, su papel de testigo en tinieblas de la vida que pasaba por su lado, le daban a su rostro arrugado y envejecido un aire ascético y triste, aunque no del todo patético.

—Ah, ¿es usted, Pierre? —habló Vojdinsky, al verle emerger de la niebla—. Dije a mis hombres que podían dejarle marchar a su casa...

—Lo sé, teniente —asintió el ciego con una sonrisa ambigua—. Pero no tengo prisa. Yo nunca tengo prisa, ésa es la verdad. Quizá porque no tengo nada que hacer, y todo el día para dormir.

—Aun así, no le necesitamos aquí, Pierre —dijo Vojdinsky bondadosamente—. Será mejor que esté cuanto antes en su casa. Debemos estar ante un loco, un maníaco homicida que mata a cualquier persona que aparece en este callejón. Como ve, no ha respetado nada ni a nadie. Un desconocido, una ramera, un fotógrafo ambulante... Usted podría llegar a peligrar también.

—¿Yo? —el ciego se encogió de hombros—. Puedo intuir perfectamente si alguien va a atacarme, teniente. Podría defenderme mejor de lo que muchos piensan.

Su demostración dejó perplejos a todos. Súbitamente, había alcanzado el bastón blanco que colgaba de uno de sus brazos, soltando una mano de su caja de música de organillo, y al presionar su empuñadura, brotó como la lengua de un reptil mortífero, la aguda punta de acero de un corto estoque, en el extremo del bastón. Con esa hoja afilada, trazó un surco en el aire, tan cerca de Vojdinsky, que el teniente dio un paso atrás, aunque en ningún momento le rozó la punta de la temible arma, diestramente manejada por el invidente músico.

—No tema, teniente —sonrió el ciego—. No le tocaría ni un cabello. Su voz, sus movimientos, su propia respiración, me dicen claramente dónde está. Un vidente puede equivocarse. Yo, no. Pero si quiero, puedo clavar la hoja con certeza absoluta. No, No tema por mí, teniente. Me sé cuidar solo. Hay que hacerlo, cuando se es viejo, ciego, se va por las calles de noche, y se recoge a veces bastante dinero de limosnas. Hay mucho rufián suelto por esos mundos.

—Uf... —resopló Vojdinsky—, Y yo que pensé que era inofensivo... bien, Pierre, me dijo usted que no entró ni salió nadie de este callejón, ¿no es cierto?

—Entrar, sí entró alguien: un hombre alto, de pasos firmes y suelas de goma.

—El muerto es alto. Y lleva zapatos de suela de goma —sentenció Lasky, mirando el cadáver. Luego contempló el rostro inexpresivo del invidente—. ¿Fue todo lo que oyó o captó, Pierre?

Pierre Leblanc asintió con la cabeza, dirigiendo su rostro hacia Saúl. Señaló su caja de música.

—Estaba tocando entonces Danubio Azul —explicó—. El hombre se

paró un momento, como si le gustara ese vals. Incluso echó unas monedas en mi caja. Luego entró en el callejón. Le advertí que era un lugar peligroso últimamente. No me contestó. Creo que no me hizo el menor caso. Ya no oí ni percibí a nadie más. Seguí tocando. Salieron clientes del restaurante y pasaron a mí lado. Algunos se pararon y echaron monedas. Pero ninguno entró en el callejón.

—¿Está seguro de eso? —insistió Vojdinsky.

—Por completo. Se fueron en otras direcciones. Yo seguí tocando todavía un rato más. No se oía nada. De pronto, el patrullero Brooks me saludó. Creo que entonces estaba tocando Saint Louis Blues.

—Cierto —convino el policía—. Tiene una sorprendente memoria para la música, Pierre.

El ciego sonrió, acariciando la ranura de su caja musical por donde la gente acostumbra a echar las monedas o billetes de limosna.

—La música es mi vida —suspiró—. Toda mi vida. No hace falta tener ojos para sentirla.

—¿Tocó toda la noche sin descanso?

—Toda la noche —corroboró ahora la voz del camarero Bosi Kelly, que se había aproximado al lugar del suceso—. Puedo confirmarlo, teniente.

—¿Dónde estaba usted para estar tan seguro de eso? —dudó el policía

—. Si tuvo mucha clientela esta noche, pudo equivocarse...

—Esta noche enfermó el segundo cocinero del restaurante. Yo sé algo de cocina. Por eso puedo afirmar que el buen Pierre tocó durante todo el tiempo, sin parar, como en él es habitual. Y esta vez no oí gritos de agonía ni evidencias de lucha.

—Yo tampoco —confirmó el ciego—. La víctima no gritó esta vez.

—¿Por qué descubrió usted el cuerpo, Brooks? —se interesó Lasky, volviéndose al joven policía de servicio nocturno en aquella zona.

—Muy sencillo —enrojeció el joven, como si le acusaran de algo—. Desde el último asesinato, el de Emily Parker, acostumbro a entrar en el callejón dos o tres veces durante mi servicio, por si acaso. Esta noche, por desgracia, dio resultado.

—Eso es cierto —corroboró Pierre Leblanc—. El agente Brooks siempre entra ahora en el pasaje, aunque le digo que no haya percibido la entrada de nadie en él.

—De modo que el fotógrafo Frank Colfax debió ser asesinado entre el momento en que puso su moneda en su caja,

Pierre, y el momento en que pasaron los clientes del restaurante, aproximadamente —sugirió Lasky, pensativo.

—Sí, supongo que sí —admitió el músico callejero—. Pero no puedo estar seguro. Sólo sé que si la víctima hubiese gritado, la hubiera oído. Y tampoco debió haber lucha.

—Evidentemente, no la hubo —masculló Vojdinsky con disgusto—. Le

cortaron el cuello antes de que pudiera reaccionar. Creo que fue sujetado por atrás inesperadamente, y un ancho cuchillo le segó la garganta, cortando en seco sus cuerdas vocales y ahogándole en sangre. Luego le soltaron lentamente, hasta que golpeó el suelo. Lo que me pregunto es ¿qué diablos hizo luego el asesino? ¿Por dónde escapó de aquí?

Y su mirada recorrió amargamente, casi con exasperación, la pared de ladrillos del viejo almacén, el muro estuvo húmedo del restaurante, la tapia que cerraba el callejón y, finalmente, el porticado acceso único al recinto de los tres crímenes.

—Esa es la eterna interrogante —suspiró Saúl Lasky con tono apacible—. Tenemos pocos testigos, y ninguno tiene respuesta a la pregunta. Tal vez sólo uno..., que no puede respondernos.

—¿Quién? —se sobresaltó el teniente Vojdinsky.

—El gato —fue la respuesta de Saúl Lasky.

* * *

Estaba amaneciendo en la ciudad.

Era un amanecer sucio, neblinoso y desapacible. Incluso caían algunas gotas de un cielo agrio y grisáceo. El río, desde las ventanas del Departamento de Homicidios, parecía agua sucia en un fregadero que se alargaba en la distancia. Los barcos de carga ribereños, despedían humaredas que hacían más pesado el aire.

Randy Sherman, flamante agente de Homicidios, con ojeras y rostro demacrado, acababa de poner ante su superior los informes que éste esperaba. Dos cuestiones del turbio caso de Cemetery Street acababan de esclarecerse por completo.

—De modo que la primera víctima era un ladrón y estafador llamado Ross Levin, que usaba infinidad de nombres distintos, y al que perseguía la policía de varios Estados —resopló Vojdinsky con cansancio, apurando su tercer café.

—Exacto —confirmó Sherman—. Y la segunda víctima, como supuso el señor Lasky, no era Emily Parker, sino Joan Emily Parker, hija natural de la prostituta Emily Parker.

—Maldita sea; ¿y dónde está su madre a estas horas, que no ha aparecido siquiera a interesarse por el cadáver de su hija? —refunfuñó Vojdinsky malhumorado.

—Yo diría que escondida —sugirió Lasky, desde la ventana, sujetando su vaso de papel encerado, mediado de café sin azúcar.

—¿Escondida? —su cuñado le miró, ceñudo—. ¿Por qué?

—Por miedo, Leo. Miedo al asesino.

—Sí, entiendo —admitió el teniente arrugando su preocupada frente—. Miedo... Es evidente que esa chica, por la razón que fuese, acudió en lugar de su madre a una cita con la muerte. Y ahora, la madre está

asustada y ni siquiera se atreve a dar señales de vida. Pero también podría ocurrir que hubiera sido víctima del asesino ella también. Si éste conocía a su presa, es evidente que no pudo confundir a madre e hija, por mucho que se pareciesen y por joven que sea la madre.

—Ese es un riesgo posible —aceptó Lasky—, Puede estar muerta, en efecto. Yo, personalmente, confío en que no sea así. Si ella vive, es una de las pocas personas que podría ayudarnos a dar con el culpable. Era el joven agente Sheridan quien había hecho el comentario, como si su mente estuviese muy alejada de la conversación entre ambos cuñados, dándole vueltas a algo que no entendía bien.

—¿No? —gruñó Vojdinsky—, ¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Todo. Las víctimas acuden al lugar donde han de ser sacrificadas, con la docilidad de la res que va al matadero. El criminal siempre actúa en el mismo escenario: Cementery Strett. ¿Por qué?

—Si encontramos una respuesta a esos dos puntos, tal vez estemos mucho más cerca de la solución al misterio, Sherman —admitió Lasky, asintiendo con la cabeza—. Pero de momento, todo es confuso. Y, como tú dices, no tiene demasiado sentido. El motivo de los crímenes se aparece oscuro. El escenario elegido es difícil y casi constituye una charada para vosotros, como un desafío del criminal a nuestra inteligencia. Y, por si fuera poco, la pasividad de las víctimas en el momento del ataque e incluso para ir al lugar donde deben ser inmoladas, sabiendo que otras personas murieron ya antes en ese mismo escenario, tampoco es fácil de comprender. Todo ello forma un rompecabezas realmente desorientador. Pero los hechos están ahí, y nuestra tarea es interpretarlos y descifrarlos. Ahora que sabemos quién era la primera víctima, no me diréis que el conjunto de personas asesinadas no resulta sorprendente y significativo.

—¿Significativo? ¿En qué? —se interesó su cuñado.

—Salta a la vista, Leo —suspiró Lasky, dejando vagar su mirada por el río y las brumas matinales que envolvían sus orillas—. Un ladrón y estafador, una presunta ramera enferma —aunque aquí hubiese cambiado de personalidad—, y ahora un fotógrafo ambulante. Todos ellos tienen algo en común: no son gente como los demás. Se trata de noctámbulos, delincuentes, marginados sociales todos ellos.

—Eso es cierto —asintió con vivacidad Randy Sherman.

—Cierto. Pero también desconcertante —resopló el detective privado, encogiéndose de hombros con desaliento—. Creo que voy a hacer una visita en seguida.

¿A quién?

—A un tipo llamado profesor Carr. Thorold Carr, astrólogo. Un gran farsante o un auténtico lector de los astros. Pero sospecho que, en ambos casos, informador para ciertas personas, respecto a sus clientes.

—Ya sugeriste algo así, pero era una relación con cierta persona —

arrugó el ceño, preocupado, el teniente Vojdinsky—. ¿Cree que esa persona está mezclada en los crímenes de Cemetery Street?

—¿Por qué no? Una de las víctimas tenía su teléfono en un librito de fósforos, ¿no es cierto? Eso tiene que significar algo, maldita sea.

—Ve con cuidado, Saúl. Ya recibiste un escarmiento por meterte en camisa de once varas.

—Me cuidaré, no te preocupes —tiró el enésimo vaso de café a la papelera, una vez vacío, y se dirigió a la salida de la oficina—. Haced lo posible, mientras tanto, por localizar a Emily Parker con vida. Ella podría ser el verdugo que apretase la soga al cuello de esa persona.

—No hagas nada personal de esto —le recomendó Sherman, inquieto.

—Esos asesinatos no tienen nada de personal para mí, Randy —comentó con sarcasmo Saúl Lasky, ya en la salida—. Pero si el culpable fuese quien yo deseo, o al menos tuviera algo que ver en este asunto, te aseguro que sí iba a ser cuestión personal entregárselo al fiscal del distrito.

—Como policía debería decirte que no vayas demasiado lejos en este juego. Como cuñado, que andes con cuidado. Pero sé que ambas cosas serán inútiles con un cabezota maldito como tú.

—Exacto —sonrió Saúl—, Serán inútiles. Hasta luego.

Cerró tras de sí y se alejaron sus pasos por el corredor. Vojdinsky cambió una mirada de disgusto con Sherman. Este sonrió.

—Me pregunto por qué, siendo oficial de Homicidios, permito a ese loco que trabaje para nosotros en el caso —refunfuñó malhumorado Vojdinsky.

—Porque, como cuñado, en el fondo le aprecia —rió Sherman—. Y, además está convencido de algo, como policía y como pariente.

—¿De qué?

—De que él es el que mejor puede resolver este embrollo, aunque sea a su manera.

El teniente Vojdinsky se quedó callado. Luego, fue a servirse otro café.

—Basta de palabrería —gruñó—. Vamos a dormir un poco, Sherman. Luego, veremos de dar con Emily Parker. Mientras tanto, disponga que todos nuestros hombres busquen su rastro en los lugares que habitualmente frecuenta, sin olvidar, muy especialmente, el Club Bourbon.

—Sí, señor —asintió el joven policía, descolgando el teléfono, con un bostezo.

Era un tipo curioso.

Curioso y pintoresco. Tal vez no supiera más de los astros que de los mundos habitados del universo, pero al menos daba el pego, sobre todo si uno iba predispuesto a ello.

Saúl Lasky no iba en absoluto predispuesto a nada. Aun así, admitió que el profesor Thorold Carr era un individuo que sabía montar bien su escenografía para impresionar a su clientela.

Vestía sobriamente de oscuro, una especie de túnica de seda, sin otro dibujo que un ribete dorado en cuello, amplias mangas y borde inferior de los faldones que cubrían a medias sus pies descalzos, envueltos en unas livianas sandalias también doradas. Cabello largo, canoso, partiendo muy arriba de su cabeza, lo que daba a su frente un aspecto enorme, abombado, mientras mechones grises rozaban sus hombros desordenadamente. Un anillo de piedra extraña, brillante y oscura, era la única joya que lucía en sus dedos pálidos y sensitivos, muy bien manicurados. Los ojos, oscuros y vivaces, escudriñaban atentamente al visitante. Tenía un gesto abstraído y la decoración de su sala de consultas estaba total mente formada a base de cartas astrales, horóscopos gráficos, signos zodiacales y demás símbolos de su especialidad.

—Bien, señor Lasky, usted dirá —habló apaciblemente, tras mirar con aire distraído la tarjeta de visita del detective—, ¿Cuál es la razón de su urgente petición? Le aseguro que habitualmente no recibo inmediatamente salvo a casos de excepción verdadera. Y, como es natural, la grave alteración que ello crea en mis entrevistas ya concertadas, debo cobrarle, si desea esta consulta, una suma más elevada por mis servicios.

—¿Qué suma, exactamente? —indagó Lasky.

—Mil dólares, señor Lasky —dijo el profesor Carr sin un solo pestañeo, clavando en él sus agudos ojos oscuros—. ¿Está dispuesto a satisfacer tal cantidad? En caso contrario, le agradeceré me permita continuar mi trabajo programado y...

—Profesor, he venido a hablarle de Emily Parker —cortó secamente Lasky—. Y también de Laura Scott.

El astrólogo se mostró inmutable. Como si esos nombres no le dijeran nada en absoluto. Se limitó a contemplar a su visitante con cierto aire irritado.

—Jamás oí esos nombres antes de ahora, señor Lasky —dijo altivo, comenzando a incorporarse con evidente frialdad—. Si no va a hablarme de sí mismo, aceptando la tarifa de las consultas urgentes, será mejor que demos por terminada esta charla.

—¡Usted se sienta aquí ahora mismo, profesor! —gruñó Lasky,

incorporándose a su vez, y aferrando al astrólogo por su túnica, obligándole a caer en la silla violentamente. Se inclinó sobre él, espetándole con dureza — : ¡Y va a hablarme en el acto de Emily Parker, la prostituta a quien usted tiene por cliente, así como de su amistad con el Comisionado Adam Sutherland! Y, de paso, me dirá cuánto le paga Sutherland por obtener informes confidenciales de su clientela, como en el caso de Laura Scott.

—No sé de qué me habla. Le ruego me suelte, o avisaré a la policía...

—jadeó con arrogancia el astrólogo.

—Puede avisar a quien quiera. Pero no antes de responder a mis preguntas... o le dejaré esa cara bastante más desfigurada de lo que está la mía, maldito farsante. ¿De modo que no quiere admitir que su sucio negocio de astrología es, en realidad, una tapadera para conseguir información confidencial de muchas personas crédulas de Nueva Orleans, información que luego traslada a quien le paga bien por ella, como hacen muchos cochinos psiquiatras y psicoanalistas en el país?

—Usted está loco. Me está insultando. Puedo demandarle por calumnia y...

—¿Demandarme? —Lasky soltó la carcajada—. No me haga reír, fantasmón. Nadie está escuchando lo que decimos.

—Se equivoca —cortó glacialmente el «profesor» Carr—. Tengo un equipo de grabación de gran fidelidad que está recogiendo cuanto decimos aquí, y podrá servir de evidencia contra usted ante cualquier tribunal. De paso, también sirve para que mis guardaespaldas se ocupen debidamente de los intrusos molestos y violentos como usted... Lasky soltó al individuo con rapidez, al ver que se alzaba una cortina de la sala, y entraban en ella dos individuos de aspecto físico muy parecido al de los matones de Sutherland. En realidad, pensó Lasky, todos los matones se parecen entre sí.

Los dos individuos, nada tranquilizadores, se movieron hacia él con la seguridad de los gastos dispuestos a triturar al molesto ratón. Pero esta vez, Lasky no había ido desprevenido. No era tan imbécil como para tropezar dos veces en la misma piedra.

—Cuidado, amiguitos —avisó, sibilante—. No me gusta que me peguen dos días seguidos. Será mejor que nos dejéis discutir el asunto amistosamente a vuestro jefe y a mí.

Ellos ni si dignaron responder. Fueron hacia él decididos a terminar pronto. En sus manos macizas, llevaban sendas porras de goma contundentes que podían dejarles tullido por una semana o más.

Les dejó llegar a distancia adecuada. Entonces, fingió que iba a defenderse con sus brazos. Los tipos dispararon sus manos armadas hacia sus barrigas y sus ingles, esperando un impacto fácil que haría doblar la rodilla a su víctima.

Se llevaron un chasco. Lasky disparó una de sus piernas con la potencia y rapidez de una ballesta. El puntapié, seco y durísimo, alcanzó el codo derecho de uno de ellos. Oyó crujir el hueso, el tipo aulló, y sus dedos se abrieron, soltando la porra. El otro se tropezó de forma inesperada con la mano zurda de Lasky que, tras amagar un intento de ataque, bajó rápida la guardia, bloqueó el arma, y tiró de ella haciendo oscilar al agresor. Antes de que éste se repusiera, pegó con la otra mano en su muñeca, descargando el borde sobre la misma, como si fuese un hacha. El hombretón masculló algo, con dolor, y también soltó la porra.

Lasky no perdió el tiempo. Agarró una pesada silla y la alzó, estrellándola en la cabeza rapada de uno de ellos. Lo fulminó como un rayo, y el corpachón pegó en el suelo con sonido de fardo. El que quedaba en pie llevó su mano a un bolsillo. Extrajo una navaja automática, que chascó desagradablemente al abrirse.

—¡Dale, Bugsy! —bramó el profesor Carr, enfurecido—. ¡Déjale un recuerdo nuestro al cochino bastardo entrometido! ¡Pero no le mates! ¡Sólo una «caricia» en su sucia cara!

El matón se llevó una sorpresa gorda. Y también su jefe. Lasky había extraído con rapidez su pistola. Encañonó al guardaespaldas, y éste boqueó, asustado, dejando caer la navaja como si de repente ésta estuviese al rojo vivo.

—¡No, cielos! —clamó—. ¡No dispare! No pensaba matarle... ni apenas herirle.

—Muy compasivo —gruñó Lasky con sarcasmo—. Vamos, recoge a tu compinche y lárgate con él. No vuelvas o le vuelo los sesos a este fantasmón que os paga. ¿Está claro?

Debía de estarlo, porque cargó con su fornido camarada como si éste fuese un peso pluma, y salió disparado del recinto, dejando a un profesor Carr lívido, tembloroso y asustado, enfrentándose al arma sostenida firmemente por Saúl Lasky.

—No pensará... disparar —jadeó, tragando saliva—. Le ejecutarían por ello. Sería un asesinato...

—Amigo, yo también sé cómo marcar a un tipo asqueroso y vil como tú, sin necesidad de enviarle a la Morgue —rió Lasky, despectivo, hurgándole el abdomen por encima de su túnica, con el cañón de la pistola. El otro resopló, empapado en sudor repentino—. Por meterte un par de balas en sitios no mortales, pero sí muy dolorosos, pagaría en el peor de los casos con un año en la cárcel. Y tengo buenos amigos que me sacarían antes. Te aseguro que sería un placer ese precio por verte sufrir y retorcerte como una rata.

—¡No haga eso! —exclamó el astrólogo, exasperado—. ¡No quería más que librarme de un importuno! No tengo nada personal contra usted...

Se lo ruego. Aparte ese arma de mí...

—No temas, adivino. Si conoces bien los astros, sabrás que yo no voy a liquidarte, a menos que me obligues a ello. Sé manejar un arma. Sólo quiero información. Y vas a dármela.

—No puedo...

—¿Qué dices? —bramó Lasky, sepultando el arma en las grasas de su abdomen, y moviendo el dedo en el gatillo—. Mira, me entran temblores en la mano, y eso es peligroso...

—¡Nooo! —aulló el otro, en el paroxismo del terror—. Pero es que él me matará... me hará trizas si averigua que yo...

—¿Quién es él? ¿Adam Sutherland, Comisionado contra el Vicio en la ciudad de Nueva Orleans? —silabeó Lasky, crispado.

—Claro... El paga bien los informes sobre personas que le interesan..., pero si uno le traiciona... el precio es la muerte... o la ruina definitiva. Es muy poderoso...

—Dejará de serlo pronto —rió Lasky, agresivo—. De eso me encargo yo, amigo. Ahora desembucha: quiero saberlo todo sobre tus informes en torno a Emily Parker y Laura Scott. También sobre la cantidad de personas de quienes pasaste información detallada a Sutherland o su gente. ¿Está bien claro? Desconecta ahora mismo tu equipo de grabación, o dame la misma para que, si te pones tonto, se la haga escuchar a tu amigo Sutherland...

—¡No, eso no! —jadeó el astrólogo, haciendo girar un botón de su mesa de trabajo—. Ya está... Desconectado. Me matará si llega a saber esto...

—Y si te niegas a colaborar, farsante asqueroso, te mato yo o, cuando menos, te dejo inservible hasta para acostarte con una fulana. De modo que elige.

Y vaya si eligió. Con una premura asombrosa, se incorporó, guiando a Lasky hacia una cámara inmediata donde tenía su archivo. Él le siguió, encañonándole sobre las costillas, muy de cerca.

Pero el tipo estaba roto, vencido. Muerto de miedo, reveló a Lasky todo su juego sucio con muchos clientes, dando información exacta de ellos a Adam Sutherland.

Saúl Lasky escuchó atentamente. Tomó nota de todo, y exigió del profesor Carr la firma de un papel en blanco. Casi llorando, el astrólogo lo firmó. Lasky le prometió que no utilizaría ese recurso salvo en caso extremo. Y de ser así, la policía protegería la seguridad personal del firmante. Carr no se quedó muy convencido, pero firmó.

Una pistola calibre 38, en una mano firme y segura como la del detective, podía hacer milagros en una rata asustada como el «profesor» Thorold Carr.

—De modo que era eso.

—Sí, Leo. Shuterland mantiene una cadena de prostíbulos de lujo en la ciudad. Todos de primera clase. Para VIP₃, ¿entiendes?

—Claro. Lo entiende cualquiera —Vojdinsky soltó un juramento y escribió algo en un papel—. ¿Hay evidencias de ello?

—Las hay. La Sociedad Anónima Irwo, propietaria de esa cadena de bares de alterne y prostitución con reservados para citas, es una empresa de Sutherland. Sus esbirros cantarán como cigarras cuando se les aprieten las clavijas. Hay también tráfico de narcóticos en esos locales. Emily Parker formaba parte del sistema. Pero no se cuidó lo bastante, se lió con un negro guapo, y éste la contagió de un mal venéreo. Sutherland la despidió, aunque era una de sus favoritas porque había tenido relaciones con ella y esperaba conseguir también a la hija, que pronto parecía iba a seguir los pasos de su madre, ya que era camarera en el Picnic, un bar de la cadena Irwo. Pero algo ocurrió, y la hija murió en vez de su madre en Cementery Street. Quizá la mató Sutherland o uno de sus esbirros, no lo sé. Lo cierto es que Emily Parker que ría tirar de la manta ante una Comisión de investigación dirigida por un joven concejal, Edward McCain, que no se fía de Sutherland lo más mínimo. Sutherland estaba dispuesto incluso a matarla, si era preciso, para taponarle la boca. Pero Emily Parker desapareció de pronto de la circulación. Se ignora si sigue en Nueva Orleans o se fue a otra ciudad a esconderse de las iras del Comisionado. Todo eso puede probarse. Además, tengo un papel firmado por Thorold Carr. Ese fantoche ambicioso hará lo que sea con tal de salir bien del lío y de librarse de las represalias de Sutherland.

—Un buen trabajo, cuñado. Pero no prueba que Sutherland sea el asesino que buscamos.

—Claro que no. Sólo que recibió información de mucha gente, para tenerla en su poder y manipularla a su antojo, gracias a Carr y su fichero de clientes. Laura Scott era una de esas personas. Sabía de su pasado, y lo utilizó para coaccionarme, el muy...

—Ya basta —rezongó Vojdinsky—, Voy a ordenar el arresto de Sutherland, y que salga el sol por donde quiera, Saúl. Pero no puedo acusarle formalmente de los crímenes de Cementery Street.

—No, no puedes hacerlo. Ni te lo aconsejo. Eso podría hacerte polvo. Basta con que acabemos política y moralmente con el maldito Sutherland.

—Eso era una venganza. Asunto personal, simplemente, Saúl. Tú estarás satisfecho, pero yo no. Ni el Departamento tampoco. Un asesino sigue suelto en alguna parte. Y lo malo es que se le puede ocurrir la mala idea de elegir de nuevo Cementery Street para matar a otra víctima y evaporarse luego sin dejar rastro alguno.

—Ya se me ha ocurrido. Confío en que eso no ocurra. De todos modos,

seguiré trabajando en el asunto. Ahora me siento algo mejor.

—Lo supongo. ¿Vas a ver otra vez a Laura?

—No —negó sombrío Lasky—. Tengo una cita en el club Bourbon esta noche. Con una chica de color muy bonita, vieja amiga mía. Se llama Sadies Laverne, y canta allí bonitos blues y spirituals.

—¿No eres racista? —sonrió Vojdinsky.

—Con las mujeres, no —rió cínicamente Lasky—. Todas tienen lo mismo. Y Sadies lo tiene, además, muy bien puesto.

—A veces no sé si eres un cínico o un sinvergüenza, Saúl —se quejó su cuñado.

—Elige el epíteto que más te guste —declaró él encogiéndose de hombros, camino de la salida del despacho de Homicidios—. Todos me caen bien, no siendo elogiosos. Ah, una cosa más: no sólo veré a Sadies Laverne para gozar de unas horas de relax en su compañía. Averiguaré cosas sobre Emily Parker y su hija. Como ves, no olvido que existe en esta cochina ciudad un sitio infecto llamado Cemetery Street...

* * *

Sadies Laverne, realmente, era una mujer atractiva. Atractiva, y profundamente sensual. Su belleza oscura, de suave piel de ébano bajo el cabello rizado a lo afro, se repartía entre la arrogancia de su cuerpo cimbreante, de firmes pechos y redondeadas caderas, y el rostro de carnosos labios, expresión felina y ojos oscuros y relucientes tras las sedosas pestañas.

Cantaba con bella y ronca voz, de graves matices y profundas inflexiones, capaz de extraer de la música negra de la Louisiana todos los resortes ocultos y todas las espléndidas armonías de aquellos ritmos que hablaban de dolor, tristeza, pasión y la historia de una raza oprimida pero orgullosa, sometida pero vital, esclava aun en su actual libertad teórica.

Saúl Lasky la escuchaba con atención, saboreando su whisky con hielo. A su lado, el verde casi luminoso del combinado de menta helada de Sadies Laverne, esperaba en el alto vaso el retorno de aquellos labios gruesos y lascivos, para ser absorbido por ellos casi con voluptuosidad. Los aplausos acogieron el final de la actuación de Sadies. Ella regresó a la mesa de Lasky, sonriéndole. Apoyó una mano en la de él.

—Creí que me habías olvidado ya, Saúl —murmuró—. Hacía más de seis meses que no venías a verme. Justo el tiempo que llevaba sin cantar Pequeña Flor.

—Tuve trabajo estos meses —se excusó él, no demasiado convincente. La sonrisa de ella adquirió un matiz triste. Meneó despacio su cabeza, en sentido negativo.

—No me engañes, Saúl —dijo—. Sé que hay otra mujer. De tu raza.
—La hubo —admitió él mirándola a los ojos. Acarició los desnudos brazos. El ébano vivo palpitaba cálido. Era un cuerpo fácil de acariciar. Sensible a esas caricias, él lo sabía Pero casi había llegado a olvidarlo por causa de Laura—, Está olvidado ya, Sddie.

—¿Seguro? —dudó ella.

—Totalmente. Fue un error. También sé cometer errores, ¿no lo sabías?

Sddie se echó a reír.

—No. no lo sabía. Creí que Saúl Lasky era infalible y perfecto.

—Pues estabas equivocada. Nadie es así. Pero dejemos eso. Supe casualmente que estabas en el Bourbon. Habías pasado tanto tiempo en el Casino...

—Lo dejé porque aquí pagan mejor. No es éste un buen local, pero a mí no me importa lo que me rodea, aunque no me guste.

—Ya veo —Saúl miró en torno—. Prostitutas jóvenes. Proxenas. Y reservados en el piso alto. ¿Es eso?

—Sí. Yo no entro en el juego. Sólo canto. Es por lo que me pagan.

—Este local es de la cadena Irwo. ¿Sabes quién está tras de eso? El Comisionado Sutherland y gente así.

—¡Qué sorpresa! —le miró boquiabierto—. Creí que ese tipo combatía el vicio.

—Sólo aparentemente, mientras se enriquece con él bajo cuerda. Pero está acabado. Yo me ocuparé de eso.

—No me digas que has venido aquí esta noche por asuntos profesionales y no por mí — se lamentó ella, empezando a desilusionarse.

—Si fuera así, te lo diría. Sabes que no me gusta andar con rodeos. Pero sólo es una parte de mis motivos. Tú ocupas el otro ochenta por ciento, Sddie.

—Eso me conforta, querido —sonrió ella—, Pero me gustaría saber cuál es ese otro porcentaje que te trajo aquí esta noche. Si Sutherland está acabado, ¿qué otra cosa hay por medio en el Bourbon Club?

—Emily Parker —dijo bruscamente Lasky, sin quitar los ojos de Sddie.

La mulata se sobresaltó. Miró con sorpresa a su compañero.

—¡Emily! —exclamó—. ¿Qué ocurre con ella? Leí que la habían matado...

—Hubo un error. Era su hija Joan Emily. ¿Conociste a alguna de ellas?

—A las dos —asintió Sddie, conmovida—. ¿De modo que fue la chica? Pobre Joan Emily. —Háblame de ellas. ¿Sabes algo más que pueda ayudarme a dar con la madre? Ha desaparecido desde que mataron a su hija.

—Emily Parker es una infeliz. Se la ve muy joven para su edad, ya que

tiene casi cuarenta años. Pero está enferma.

Lo sé.

—Y amargada por muchas cosas. Se embriagaba con frecuencia.

—Y toma LSD, ¿no?

Eso dicen —Saddie se encogió de hombros—. Aborrezco las drogas. Pero no soy quién para juzgar a quienes las consumen.

—Alguien quería matarla y se equivocó de víctima. Joan Emily era camarera aquí, ¿no?

—Sí, lo era. Pero iba a marcharse. Estaba muy unida a su madre. Y ésta tenía problemas con la empresa.

—También lo sé. Emily Parker puede ser un gran testigo contra Sutherland. Pero también podría ayudarnos a encontrar al asesino de su hija. ¿Se parecían ellas dos?

—Sí, bastante. Sólo que la chica era muy joven, atractiva, saludable...

—Saddie meneó la cabeza, pensativa —. Estuve charlando con la madre un par de veces. Todos saben que | vivía cerca de aquí, en un apartamento barato. Pero una vez me habló de un lugar donde había vivido de joven, un lugar adonde le gustaba ir a veces para estar sola...

—Cielos. ¿Eso te dijo? —Lasky la miró con excitación—, ¿Te dijo cuál era?

—Sí —Saddie mostró sorpresa —. ¿Crees que puede servirte de algo?

—Quizá acabes de mencionar su actual escondrijo. Dime cuál es, Saddie. Puede que si llego antes que otros, sea capaz de salvar su vida...

Dios mío, ¿tan mal están las cosas? —y ante el enérgico movimiento de afirmación de la cabeza de Saúl Lasky, añadió con rapidez—: Ella habló de una vieja casita abandonada, llamada la Torre Rosa de Fontainebleau, en Pearl River, al otro lado del lago Pontchartrain, siguiendo el puente sobre el mismo. ¿Conoces el lugar?

—No mucho, pero bastará —se puso en pie, inclinándose para besar los labios carnosos de la joven de color—. Eres un ángel, Saddie. Puedes que hayas salvado la vida a Emily

Parker. Si es que no está muerta ya... Te veré más tarde, quizá mañana.

—Suerte, Saúl — je deseó ella—. Te estaré esperando.

—Hazlo. No faltaré, tienes mi palabra. A menos que también me maten a mí —bromeó al final, alejándose a través de las penumbras del local, aunque su gesto no revelaba en absoluto el menor sentido del humor.

Tomó su coche, conduciendo vertiginosamente a través de la ciudad, en dirección norte. Atravesó Lake Pontchartrain Causeway, y alcanzó la otra orilla del lago, enfilando por la Interestatal 10, en dirección a la pequeña población de Pearl River.

Preguntó en un snack abierto toda la noche por la Torre Rosa de

Fontainebleau, y le dieron los datos exactos para llegar hasta ella por una pequeña carretera flanqueada de árboles.

Cuando la avistó, proyectando sus faros sobre unos derruidos muros de viejo y gastado color rosa, que se alzaban entre castaños, supo que había llegado tarde.

De la casa salían a todo correr dos hombres que le eran conocidos, en dirección a un automóvil color café, aparcado junto a los castaños.

Los guardaespaldas de Adam Sutherland. Los que le dieran la paliza.

Entonces estuvo seguro de que Emily Parker ya estaba muerta.

CAPÍTULO VII

Frenó tan bruscamente que el coche chirrió como si estuviera a punto de desgazarse solo, los neumáticos se hundieron, marcando dos negros surcos de goma en el asfalto, y los dos matones volvieron la cabeza hacia él. Le reconocieron en el acto.

—¡Alto! —gritó roncamente Lasky, saltando del coche como una centella—. ¡Quietos ahí los dos, hijos de perra!

No le obedecieron. Siguieron corriendo. El de atrás sacó un revólver de su amplia chaqueta comprada en algunas rebajas. Lasky tampoco iba a ser cogido desprevenido esta vez. Ya tenía él su automática en la mano.

Disparó antes que el otro. Su «38» tronó como un cañón en la noche. El tipo soltó un berrido y se agarró la tripa con ambas manos, soltando su revólver. Tenía allí un buen agujero, por donde se le iba la vida y la sangre lentamente. Su compinche, asustado, paró en seco, junto al coche, y desenfundó de la axila izquierda con la rapidez del profesional, un revólver con tubo silenciador y calibre capaz de remachar a un bisonte. Si le dejaba disparar con aquello, su cabeza sería pulpa de sesos, sangre y huesos, pensó Lasky en una décima de segundo.

Y se anticipó otra vez, apretando el gatillo dos veces.

Una bala destrozó los vidrios de la portezuela, junto al pistolero. La otra se llevó por delante el codo derecho del individuo, entre astillas sanguinolentas, y el herido emitió un graznido ronco, desprendiéndose de sus dedos la pieza de artillería, que sonó como un fardo de patatas en el suelo, disparándose con silencioso, sordo estampido. Retrocedió, tambaleante, disponiéndose a escapar con su coche. Lasky disparó otra vez. Le estaba cogiendo gusto a la cosa, pensó complacido.

El pistolero aulló, cayendo de bruces, con el fémur hecho trizas por una bala de calibre 38. La sangre empapó su pantalón. De aquella manera no podía ir a ningún sitio, salvo al hospital.

—Hatajo de cerdos maricones —jadeó Lasky, rabioso, corriendo hacia la casa —. Si habéis liquidado a Emily Parker, bailaré una rumba cuando os metan en la celda de la muerte...

Por desgracia, era así. Encontró a Emily Parker sin vida, en una habitación de la casa donde sólo había una lámpara de gas butano, un pequeño frigorífico de camping con botellas de vino, cerveza y agua y unas bolsas de papel de estaño con alimentos. En una mesa, un montón de revistas. Y periódicos con los titulares de los asesinatos en Cemetery Street. Una fotografía del cadáver de su hija era visible en uno de los diarios.

Emily Parker estaba tendida en un rincón, con la cara pegada al suelo. Sus asesinos no habían querido hacer ruido. Se limitaron a pegarle en

la nuca, matándola a golpes. Tenía el cráneo destrozado. Pisadas ensangrentadas por doquier, revelaba la chapuza de aquel par de asesinos de baja estofa enviados allí por Adam Sutherland para deshacerse de un testigo peligroso para su futuro.

—Lo malo para ti, bastardo, es que ahora va a ser peor. Además de todo lo que te espera, vamos acusarte de asesinato —silabeó Lasky, entre conmovido y furioso, incorporándose y tratando de buscar algo en la habitación. Algo que ni siquiera sabía lo que era.

Allá fuera, los dos pistoleros chillaban y gemían como ratas pisoteadas, pero no sintió por ellos la menor compasión. En alguna parte ululó una sirena policial. Los disparos de su 38 debían haber sido oídos en muchas partes.

Revisó las escasas pertenencias de la difunta, en un viejo bolso arrinconado. Era obvio que los asesinos habían removido también allí, precavidamente, en busca de posibles evidencias contra su amo. No era fácil que encontrase algo contra Sutherland. Ni lo buscaba. Era otra cosa la que quería encontrar. Algo relacionado con Cementery Street.

No había gran cosa. Documentos a nombre de Joan Emily Parker, su hija. Fotos de ambas, cuando las dos eran felices en apariencia. Y jóvenes y vivas, por supuesto. Por fin, sus dedos encontraron algo. Era una carta iniciada, que nunca había sido concluida.

Maldijo Lasky entre dientes. Iba dirigida a la policía. Manuscrita. Pero sólo tenía trazadas unas pocas líneas:

«A la policía de Nueva Orleans.

Yo, Emily Parker, quiero confesar que, en relación con el cobarde asesinato de mi hija Joan Emily, era yo la persona que debía morir a manos de ese loco, y que nunca imaginé, al recibir su llamada, lo que podía suceder. Sin embargo, de alguna manera, mi pobre hija lo imaginó y, sabiéndome enferma, acudió en mi lugar tras drogarme para que me durmiese.

Pero no logró nada. Ese monstruo la ha asesinado como si fuese yo misma, y ahora acabo de enterarme de que también Frank Colfax, el viejo amigo Frank, ha sido asesinado en el mismo lugar.

No puede ser más que una persona el culpable, ahora lo comprendo bien,

necia de mí. Es posible también que esa otra víctima sin identificar, a la que no di importancia, sea Ross, el viejo amigo Ross Levin. Por tanto, debo declarar aquí que sé quién los mató. Su nombre y sus motivos los conozco bien, y puedo evitar a tiempo otros crímenes, al menos dos... »

Lamentablemente, ahí terminaba todo. Algo había hecho cambiar de idea a Emily, haciéndola interrumpir su confesión a la policía, o aplazando para otro momento la redacción de una carta que ya nadie podría terminar por ella.

—Dios mío, ¿qué se esconde tras todo esto? Hay un nexo entre ella, Colfax y Levin. Pero también con otras personas. Al menos, dos, según dice aquí —meditó Lasky en voz alta.

Le interrumpió una brusca voz a sus espaldas:

—No se mueva, amigo, o le cosemos a balazos. ¿Es usted el autor del desaguisado de ahí afuera y de lo de aquí?

Se volvió Lasky lentamente, alzando sus brazos. Sonrió duramente a la pareja de policías que le encañonaban con sus revólveres de reglamento. Pero en sus ojos no había el menor asomo de sonrisa.

—No, amigos. Sólo de lo de afuera. Soy el detective privado Saúl Lasky, cuñado del teniente de Homicidios Leo Vojdinsky. Polacos los dos, no miréis con esa cara al oír los nombres, diablo. Esos cerdos de afuera mataron a la pobre mujer. Si los vais a llevar conmigo en el mismo coche, procurad ponerlos donde no les alcance. Los remataría gustoso.

—Uno no necesita ni eso —farfulló un patrullero, tras examinar el cadáver de Emily y mirando receloso a Lasky—. Se muere con las tripas agujereadas.

—Lástima. Sólo serán dos a esperar la ejecución...

—¿Dos? —se sorprendió el policía.

—Sí. El otro hijo de perra... y Adam Sutherland, el Comisionado contra el Vicio. El ordenó matar a esta pobre mujer.

—Diablo, eso es muy grave para decirlo a la ligera, amigo —objetó el otro policía.

—Ya sé que es grave. Para él va a ser gravísimo —gruñó Lasky con amarga ironía—. Mortal de necesidad, creo.

* * *

Era ya de día cuando se durmieron Saddy y él. Había sido una larga noche de amor. Pero ni aun así le había sido posible olvidar el cuerpo ensangrentado de Emily Parker. Por ello había vuelto a reunirse con

Saddie. Había bebido tratando de olvidar, pero sólo logró ponerse ebrio. Saddie entonces recurrió a sus artes de seducción para ayudarlo. Pero cuando terminaron su batalla amorosa en el coquetón apartamento de la mulata, Lasky seguía pensando en el último asesinato. Fumaron un cigarrillo en silencio y, finalmente, ella le propuso conciliar el sueño como única solución. Lasky no dijo sí ni no. Le venció la fatiga y se quedó dormido con el alba. Pero tuvo pesadillas donde le perseguían las sombras de la niebla, y encontraba cadáveres por doquier, mientras Sutherland y sus «gorilas» se reían sin cesar.

Al despertar, ya estaba muy bajo el sol, casi en su declinar. Habían dormido casi diez horas. Lasky se ausentó con rapidez, dando un beso a Saddie. La mulata se quedó sola pensativa. El detective llamó a su cuñado. Este tenía noticias para él. Sutherland había sido arrestado, acusado de muchas cosas, asesinato entre ellas. El pistolero del codo y el fémur astillados, había confesado. El otro tipo se había muerto en el hospital con el intestino destrozado. Lasky no sintió ganas de llorar por ello.

Regresó a su propia vivienda y se afeitó y cambió de ropas, ya que se había duchado en casa de Saddie. Al contemplarse en el espejo, se encontró con una imagen más aceptable de sí mismo. La hinchazón de sus heridas en el rostro comenzaba a ceder, y el descanso en la cama de Saddie le había sentado bien. Quizá también hacer el amor era una buena medicina, pensó cínicamente, lamentando no haber hecho demasiado feliz a la muchacha.

La llamada del teléfono le sorprendió cuando se disponía a marcharse. Descolgó.

—Saúl Lasky —dijo—. Mis horas de oficina se agotaron por hoy. Llame mañana otra vez, por favor.

—¡No, espere! —gimió apuradamente una voz que le era conocida—. Ha de ser ahora. Estoy asustado...

—Diablo, ¿no es usted el astrólogo? ¿Qué le pasa, «profesor»? ¿Le han dicho los astros que va a sufrir un accidente pronto? Si es así, llame a los bomberos.

—¡Por amor de Dios, hablo en serio! —jadeó la voz del profesor Carr—, Tengo..., tengo una visita en mi estudio. Tengo miedo, señor Lasky...

—Escuche, tal vez pierda el miedo del todo cuando sepa que Adam Sutherland está ya a buen recaudo y jamás volverá a pisar la calle, caso de que viva para contarlo. Ni siquiera voy a necesitar su testimonio contra él. Hay otros que bastan y sobran.

—¡No se trata de Sutherland! —se lamentó el astrólogo—. Ahora es él...

—¿Quién?

—Mi visitante... Espera en la consulta. Tengo poco tiempo para llamarle. Me da mucho miedo ese hombre...

—Temo no entenderle. ¿Por qué tiene miedo de una visita? ¿No es cliente suyo?

—Hice..., hice cosas para él anteriormente —confesó turbado el profesor—. Nunca pude imaginar... lo que haría con mis informes. Está loco, es evidente. Es como un monstruo implacable... Me aterra imaginar que pudiese sospechar que estoy llamando desde aquí ahora... Le he dejado solo con un pretexto. Pero es endiabladamente listo. Puede recelar... y hacerme como a los otros...

—¿Qué otros? —se puso rígido Lasky, repentinamente interesada.

—Ellos... los muertos de Cementery Street, señor Lasky. Por favor, he buscado su nombre porque usted me inspira confianza. Venga pronto. Procuraré entretenerle y usted puede arrestar al asesino de esa maldita callejuela.

—¿Está seguro de lo que dice?

—¡Y tan seguro! Yo le proporcioné datos de Emily, de Frank Colfax..., de Bibby Sothern...

—¿Bibby Sothern? ¿La cantante de blues? ¿Qué pinta ella en esto?

—También..., también peligra su vida. El la matará, estoy seguro... Pero su visita de hoy me preocupa... No sé a qué ha venido. Tal vez piensa que sé demasiado... ¡Es un loco peligroso, un ser que sólo busca venganza... !

—Está bien. Reúnase con él. Yo iré ahí en seguida. Entreténgale cuanto sea posible. En doce o quince minutos apareceré. Dígame, ¿quién es él?

—Es...

En ese momento, sonó un alarido horrible al otro extremo del hilo. Un sonido inarticulado y atroz que helaba la sangre en las venas. Solamente siguió una especie de ronco estertor inaudible, un sonido sordo, quebrado, casi sin apariencia humana. Y, finalmente, un chasquido seco demostró que la línea había sido cortada.

—¡Profesor! ¡Profesor! —llamó desesperadamente Lasky.

No había respuesta. Rápidamente colgó. Descolgó, para llamar a Homicidios y dar una información de emergencia. Le dijeron que llamaban en el acto a dos coches de la radio- patrulla, los situados más cerca de la zona. Lasky colgó, corrió a recoger su pistola y salió disparado de casa.

Cuando alcanzó el edificio de Canal Strett, ya había varios coches-patrulla rodeándolo. Se identificó, pero aun así le negaron la entrada. Randy Sherman apareció en la puerta, y a un gesto suyo, le permitieron entrar. Lasky se reunió con su joven amigo policía, que tomaba notas, ceñudo, en una agenda.

—¿Fuiste tú quien avisó al Departamento? —quiso saber Sherman,

mirándole.

—El profesor Thorold Carr me llamó a casa. Estaba aterrado. Me dijo que el asesino de Cementery Street estaba en su consulta. Iba a darme su nombre, cuando ocurrió algo y se cortó la comunicación. ¿Está...?

—¿Muerto? —Sherman puso cara de circunstancias—. Más que mi tatarabuela, Saúl.

—¿Cómo ocurrió?

—Lo de siempre. Un tajo terrible la seccionó la garganta. Debieron atacarle por la espalda y, de un solo corte, desde atrás, le segaron de oreja a oreja, cortando las cuerdas vocales con terrible precisión. Luego, cortaron el hilo telefónico con el mismo cuchillo ensangrentado. El arma está en el suelo, junto al cadáver. Es un cuchillo de cocina, enorme y afilado, de esos triangulares. No lo hemos tocado, pero dudo que tenga huellas dactilares.

—Yo también —suspiró Lasky amargamente—. De modo que eso es lo que escuché. Cuando iba a dar el nombre, le cortaron garganta y cuerdas vocales. Después, se cortó la comunicación. El pobre diablo se llevó el secreto a la tumba.

De modo que el asesino de Cementery Street nada tiene que ver con Sutherland...

—Nunca pensé que lo tuviera. Sólo con Emily Parker como testigo peligroso para él. Ahora sé algo más, Randy.

—¿Qué?

—Un nexo unía a Ross Levin, el estafador, con Emily Parker y con Frank Colfax, el fotógrafo ambulante. Y no sólo eso: también con la cantante de blues Bibby Sothern.

—Bibby Sothern trabaja ahora en el Jazz-band Cave.

—Pues corre peligro. Evita que se aproxime por Cementery Street. Aunque veo que el asesino ya ha salido de su zona habitual para matar también en Canal Street, al menos por esta vez.

—¿Qué crees que pasó para que mataran a ese astrólogo, Saúl?

—Muy sencillo: Carr era un granuja. No sólo vendía sus informes a Sutherland. También a otra persona que le pagaba por esos informes para localizar a sus víctimas. Según él, se trata de un loco peligroso, de un vengativo criminal. Según la carta incompleta de Emily Parker, también se mencionan las palabras «loco» y «monstruo». Por tanto, nos hallamos ante un tipo muy astuto, un psicópata vengativo y cruel como pocos. Pero ¿quién?

—Además de eso, tiene que ser el hombre invisible —gruñó Sherman, irritado—. Y, de momento, tampoco en este edificio ha visto nadie a persona sospechosa alguna.

—Además de invisible, mi querido Randy, recuerda que tiene el don de no ser oído —le comentó sarcástico Lasky—. Los ciegos tienen un oído finísimo, muy agudo. Y, sin embargo, el músico callejero no oyó

absolutamente nada en ninguna de las ocasiones.

—Es cierto. ¿Se tratará de un hombre-mosca que trepe por los muros más altos o use medios sofisticados para escalar edificios y salvar obstáculos?

—Estudí las paredes de ese callejón al pensar igual que tú, Randy —suspiró Lasky—, No vi señal alguna de que se hubieran utilizado garfios para sedales, ni instrumentos parecidos para escalar muros. No, no creo que la explicación esté ahí.

—¿En qué, entonces?

—Si yo lo supiera... —el detective meneó la cabeza—. En ese caso, estaría todo resuelto. No olvidéis ponerle protección a Bibby Sothern. Y que no se acerque a Cemetery Street por nada del mundo.

—Descuida. También trabajaremos en lo que nos has contado. Habrá que pedir informes sobre el pasado de todas las víctimas de esos crímenes, ahora que sabemos que algo les une de forma común, y que todo puede formar parte de una feroz venganza. Posiblemente en su pasado esté la clave de todo este horror.

—Sí, empiezo a pensar justamente eso —aceptó Lasky, sombrío, sacudiendo la cabeza—. Sólo tenemos que saber en qué punto exacto del pasado de esas personas, sucedió algo que puede llevar a una persona a cometer tan despiadados hechos en venganza. Intentaré buscar a mi modo.

—Ten cuidado, Saúl —le recomendó Sherman—. El teniente sigue enfurecido por el hecho de que matarás a uno de los esbirros de Sutherland. Dice que te entrometes demasiado en la labor policial, y a veces se te va la mano por hacer las cosas a tu modo.

—Dile a mi cuñado que se vaya al infierno —rezongó Lasky, alejándose.

—¿Quieres que pierda tan pronto mi ascenso? —rió burlonamente el joven policía.

CAPÍTULO VIII

Bibby Sothern era también mulata, pero mucho más blanca de piel que Saddy Laverne. El hecho de llevar peluca rubia, aún realzaba más esa diferencia. Pero resultaba mucho menos atractiva y también tenía una edad mucho más avanzada que Saddy. Sin embargo, era una figura auténtica de los blues, no sólo en Nueva Orleans, sino en todo el país.

—Sí, es cierto —admitió, mientras se cambiaba de ropa sin demasiado pudor, ante los propios ojos del detective—. He sido cliente del profesor Carr. Adoro la astrología y creo ciegamente en la influencia astral en nuestra vida. Ahora hace tiempo que no visito su santuario.

—Ni lo visitará. Le mataron hoy.

—¿Matarle? —se horrorizó la cantante, abriendo mucho sus redondos ojos en el maquillado rostro, mientras al caminar hacia el ropero, sus desnudos pechos morenos se bamboleaban ante los ojos interesados de Saúl Lasky—. ¡Qué horror! ¿Quién pudo matar a ese buen hombre? Vivimos unos tiempos terribles. Delincuentes por todas partes...

—Esta vez dudo que fuese un delincuente habitual, fue la misma persona que mató a Ross Levin, a Frank Colfax y pretendió matar a Emily Parker, equivocándose de víctima.

—¿Levin, Colfax, Emily Parker? —Bibby frunció el ceño, mirando pensativa al detective—. Esos nombres me son familiares por alguna razón. Pero no sé por qué...

—He venido a saber algo de ellos. Se relacionan con usted de alguna forma, Bibby. Dígame en qué.

—Me temo que no pueda ayudarle mucho —suspiró ella moviendo su cabeza negativamente con gesto entristecido.

—¿Por qué supone tal cosa? Usted debe conocerles a todos, puesto que la misma persona que les mató, intentará ahora hacer lo mismo con usted.

— ¿Conmigo? —ella se estremeció—. ¿Por eso me protege ahora la policía?

—Sí. Evite aproximarse a Cemetery Street. Usted es una de las personas del fichero del profesor Carr por quienes se interesaba el asesino.

—Dios mío... —inclinó la cabeza, ocultando el rostro entre sus manos —. ¿Por qué, por qué...?

—Es usted quien tiene que responder a esa pregunta, Bibby —la recordó Lasky, apoyándose en la pared, junto al biombo donde colgaban las ropas que la cantante de color se había quitado momentos antes—. Por lo que se ve, sólo usted sabe la respuesta.

—No. amigo mío —se quejó con una expresión dolida —. Ni siquiera yo la sé, por desgracia para todos, y en especial para mí.

—No logro entenderla. Ha dicho que los nombres le son familiares, tiene que recordar algo...

—Eso es lo malo: que no puedo recordar.

—¿No? —enarcó las cejas, perplejo.

—No. Sufrí una lesión cerebral hace unos años. Pasé un año entero totalmente amnésica. Después, me recuperé. Pero no sé qué ni en qué forma.

—Entiendo —Lasky se encaminó a la salida—. Lo siento, Bibby. No quise molestarla. ¿Cuándo sufrió su lesión cerebral?

—Hace once años. ¿Por qué lo pregunta? —al fin, una blusa de oro tejido cubrió sus vibrantes senos.

—Porque, al menos, ya sé algo más, Bibby —sonrió Lasky distraído—. Fuera lo que fuese lo que ocurrió una vez, tuvo que ser hace más de

once años. Ya es algo. Buenas noches, Bibby. Cuídese mucho. Ah, una cosa...

—¿Sí, Lasky? —ella le miró, abrochando una falda en torno a sus muslos de suave color canela.

—Hasta hoy, sabía que tenía una hermosa voz. Ahora ya sé que tiene, también, unos estupendos senos...

Y cerró la puerta del camerino, guiñándole un ojo a la cantante de blues...

* * *

Esta vez, el teléfono estropeó la noche a Saúl Lasky. Y también a Saddle.

—Vaya por Dios... —se quejó ella, incorporándose en el lecho y ocultando su desnudez con la sábana—. Anoche, eras tú quien fallaba un poco, querido. Hoy, es el teléfono. —Peor lo tenían Romeo y Julieta en sus días —gruñó Lasky, pellizcando el trasero de ella bajo las sábanas.

Saddle rió, descolgando el teléfono. En seguida se lo pasó a él con un suspiro.

—Es para ti, amor —comentó irónica—. Ya me extrañaba que nadie molestara a mi persona a estas horas de la madrugada...

Saúl tomó el aparato, arrugando el ceño. Habló con voz sorda:

—Tienes que ser tú, Leo. Eres el único en saber dónde estaría esta noche... ¿Ocurre algo malo?

—Lo de siempre. Saúl. Te llamo por si quieres darte una vuelta por aquí. Estoy en Cemetery Street.

—¡No! —Lasky pegó un respingo, saliendo de entre las sábanas sin importarle su desnudez.

—Sí. Es la cuarta víctima de este infecto callejón.

—¿Bibby Sothern? —se aterró Lasky.

—No, por Dios. La tenemos bien vigilada. Descansa en su casa sin problemas a estas horas. Se trata de un vagabundo ebrio, un tal Charles Freeman. Entre sus cosas llevaba viejos recortes de periódico con su nombre. Parece ser que, años atrás, fue artista de variedades en un teatrillo hoy en día ya desaparecido en esta ciudad, el Metropol. —Vagabundo, antiguo artista... —musitó Lasky, sombrío—. Otro bohemio, Leo.

—Lo sé, lo sé —sonó impaciente la voz de su cuñado— Pero esta vez tenemos algo más.

—¿Qué es ello? —preguntó Lasky, no demasiado entusiasta.

—Un testigo.

—¿Qué?

—Un testigo que vio al asesino.

—¡Cielos! ¿Quién?

—Un viejo conserje de un almacén inmediato, Wilkie Marston. ¿Vas a venir?

—Claro —el detective saltó de la cama en traje de Adán—. Eso no me lo pierdo yo.

El Showboat era el lugar de reunión elegido por la policía para reunir a sus testigos principales. Allí estaban, con Vojdinsky y el agente Sherman, el patrullero Harry Brooks, sempiterno hallador de cadáveres, el ciego Pierre, con su manubrio silencioso sobre las piernas y su temible bastón blanco al lado, el camarero Boris Kelly, todavía en traje de trabajo, recogiendo mesas y servicios del cerrado local, y el viejo y desabrido Wilkie Marston, el encargado de la vigilancia nocturna del almacén, a cuyo lado dormitaba, hecho un ovillo sobre el suelo, el gatito Diablillo.

Cuando Lasky hizo su entrada en el restaurante, el animal abrió los ojos, emitió un ronroneo de simpatía y fue a restregarse con su pierna. Lasky le hizo unas caricias mecánicamente, mientras saludaba a los presentes.

—¿Qué es lo que vio exactamente Marston? —indagó.

El conserje del sótano vecino le dirigió una mirada poco amistosa. Parecía irritado con todo aquello, y molesto por tener que contarle tantas veces.

—No fue mucho, a causa de la niebla, señor —manifestó con aspereza—. En este condenado callejón, se espesa mucho la bruma en noches tan húmedas, a causa de la falta de salida. Aun así, cuando oí el forcejeo y los jadeos del hombre, corrí a la ventana para mirar, temiendo que estaba ocurriendo de nuevo. Y así era. Dos figuras luchaban entre sí denodadamente, pero no eran reconocibles en la bruma. La música de Pierre venía desde la entrada. Recuerdo que estaba tocando unos blues, no sé bien cuáles. Por eso el forcejeo era menos audible. Pero la resonancia del sótano me ayudó a captarlos. Grité algo a los que combatían, y uno de ellos pareció asustarse entonces, acelerando su acción sobre el otro. No trató de huir. Por el contrario, creo que en ese momento pudo lograr su objetivo, y oí un grito ronco. Cayó pesadamente al suelo uno de los dos. El otro se desvaneció en la niebla. Yo chillé y chillé. Unos momentos después, cesaba la musiquilla del manubrio, y Pierre venía con su bastón en la mano, tanteando en la niebla, a la demanda de mis voces. Le avisé de que alguien en aquel momento estaba allí, y que había que llamar a la policía.

—Yo me puse a gritar entonces, llamando al patrullero —corroboró lentamente el ciego con una afirmación de cabeza—. Mientras, tanteé al caído, por si era posible hacer algo más por él. El pobre diablo tenía un tajo horrible en la nuca, que hacía colgar su cabeza hacia adelante, casi separada del tronco. Estaba muerto.

—¿Usted no oyó nada dentro del callejón, —se interesó Lasky.

—No. La música de mi manubrio era más fuerte, sin duda. Aun así, oí pisadas y roces allá dentro. Pero poco antes, el pobre Freeman, ese vagabundo casi siempre ebrio, me había saludado al entrar en busca de desperdicios del restaurante para comer. Lo atribuí a su búsqueda en los recipientes de basura. Después de todo, nadie más que él había entrado en el pasaje, que yo supiera —manifestó por fin, con un movimiento de cabeza resignado.

—Otra vez estamos igual —resopló Lasky—. El asesino fantasma...

—Esta vez pudo escapar fácilmente —señaló Vojdinsky—. Pierre había entrado al oír los gritos de Marston. Pudo ocultarse en un rincón y abandonar el callejón mientras el ciego examinaba el cadáver y llamaba al patrullero Brooks.

—Yo estaba muy cerca —replicó Brooks tímidamente—.

Corrí por la acera al oír gritar a Pierre Leblanc, el músico ciego, y no me encontré absolutamente a nadie en el camino. Creo que, a pesar de la niebla, hubiera visto al criminal, saliendo del pasaje.

—De modo que el asesino sigue entrando y saliendo de modo fantasmal, y sólo ese hombre le ha visto físicamente —señaló Sherman hacia el conserje, pensativo.

—Es cierto —Lasky se acercó al viejo y huraño empleado—, Dígame, Marston, ¿seguro que no puede recordar nada de ese hombre? ¿Su estatura, sus movimientos, su corpulencia? Algo que nos sirva de guía, cuando menos.

—No, la verdad. Ya digo que ambos estaban enzarzados peleando. Intenté ver algo más, pero la niebla me lo impedía. Creo que uno de ellos, posiblemente el asesino, decía algo entre jadeos a su oponente, pero la musiquilla de Pierre me impidió captarlo.

—Lo siento de veras —se lamentó el músico invidente, apoyando una de sus manos en la vieja caja de manubrio—. Si lo hubiera sabido, hubiese detenido mi música. Pero cuando empiezo a darle vueltas a esto, no pienso en nada más...

Comenzó a girar la manivela con lentitud. Por el Show-boat, flotaron las notas melancólicas de unos blues. Vojdinsky escuchó, pensativo, quizá con la mente lejos de allí. El camarero Kelly pareció fascinado por la música. El viejo Marston refunfuñó entre dientes:

—Eso era lo que sonaba al pelear aquellos hombres. Muy triste, ¿no? Brooks asintió, tragando saliva. Lasky estaba pensativo, mirando al gato por puro azar. Notó que éste, al oír la música, se ponía rígido y erizaba su pelo. Maulló lastimeramente, luego soltó un bufido, y se perdió corriendo, camino del exterior.

—A Diablillo no le gusta la música —comentó Lasky—, O le trae malos recuerdos.

Pierre Leblanc tocó los blues durante algún tiempo, como ausente de

todo lo demás. Vojdinsky se acercó a su cuñado. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Qué te parece el maldito asunto? —masculló irritado.

Saúl Lasky le miró, dejando de meditar. Sus palabras casi sobresaltaron al teniente de Homicidios, pese a pronunciarlas con sencillez:

—Empiezo a pensar que sé quién es el asesino. Mañana lo confirmaré en la hemeroteca local, sin duda alguna...

Vojdinsky le miró como si, de repente, su cuñado se hubiera vuelto loco.

—No hablarás en serio... —jadeó.

—Totalmente en serio —asintió Lasky—. Tú investiga la vida pasada de Charles Freeman, ese vagabundo que fue artista en el Metropole.

—El Metropole ya ni siquiera existe, Lasky. Se incendió hace más de catorce años, y ahora se levanta allí un bloque de apartamentos con garaje.

—¿Más de catorce años? —repitió Lasky, pensativo—. Creo que acabas de darme la fecha aproximada en que alguien tuvo relación directa con Ross Levin, Emily Parker. Frank Colfax, Bibby Sothern... y Charles Freeman. Gracias, cuñado. Mañana visitaré a alguien que puede saber cosas del Metropole, junto con la hemeroteca local. Si encuentro allí el nombre que espero, todo estará claro al fin.

Saúl Lasky se echó atrás, con un suspiro, cerrando el volumen de la hemeroteca, tras haber recorrido durante horas ejemplares enteros de los diarios de catorce a quince años atrás. Al fin tenía el dato en sus manos.

Sí. Todo estaba claro al fin. Como había supuesto.

Primero, su viejo amigo Gillespie, agente artístico de Nueva Orleans, le había hablado de otros tiempos. De un joven actor, Charles Freeman, de Bibby Sothern, cuando debutaba en el burlesque del Metropole siendo una muchacha. De Ross Levin, que luego sería estafador, pero que antes había sido prestidigitador y equilibrista. De Emily Parker, bailarina antes que ramera...

Eran otros tiempos. Existía el Metropole. Y una cava de artistas en sus sótanos, donde se reunían músicos, pintores, fotógrafos, artistas, escritores, cantantes...

Una noche, casi quince años atrás, un incendio súbito y terrible destruyó el teatro y la cava. No hubo víctimas. Sólo heridos graves, que él recordase. Pero tampoco recordaba el nombre de los heridos. Eran gente que luego no habían sido nadie, sin duda alguna, declaró Gillespie, o él los hubiera recordado.

Lasky visitó luego la hemeroteca. Fue difícil dar con la noticia, en la página de sucesos. El Metropole era un teatro demasiado viejo, un edificio de los tiempos antiguos de Nueva Orleans, y de ahí la escasa

importancia dada a su desaparición, ya que estaba previsto derribarlo en breve. La ausencia de víctimas mortales tampoco ayudaba a darle realce a la noticia de su incendio.

Aun así, la encontró. Figuraban dos nombres como personas heridas graves, de diversa consideración, en el incendio. A la hora de producirse éste, no había nadie en el teatro, puesto que eran las cuatro de la madrugada. Pero en la cava de los sótanos había una de las frecuentes reuniones de tertulias-artísticas. Dos de sus componentes resultaron gravísimamente heridos. Uno era Ross Levin. Ahí terminó su incipiente carrera, y tal vez por eso, se convirtió luego en un ladrón y estafador.

El otro nombre era el que buscaba Lasky. El del asesino de Cementery Street.

Era el nombre que había esperado encontrar.

—Lo sabía —murmuró cansadamente, caminando hacia la salida de la hemeroteca con dolor de ojos tras tanta búsqueda de letra menuda bajo la luz artificial—. Lo sabía... Ahora, debo probarlo. Ningún jurado ni tribunal aceptaría fácilmente mi teoría, si no existieran pruebas de lo que digo.

Salió a la calle. Paseó bajo el sol matinal, difuminado por las nubes. Era un día grisáceo y triste, con neblina a pesar de la temprana hora. Iba a hacer una mala noche de niebla, si seguía así.

—Creo que sólo existe un medio de demostrar que él es el asesino —se dijo, parándose bruscamente en la acera—. Ir esta noche a Cementery Street.

CAPÍTULO IX

Las notas del manubrio sonaban tristemente en la espesa bruma.

Fiel a su sitio habitual, fiel a su repertorio, el ciego Pierre dejaba desgranar lentamente las notas de su caja de música, dando vueltas y vueltas a la manivela.

Saúl Lasky pasó por su lado. Depositó una moneda en la ranura. Pasó de largo y entró en el callejón de siniestros antecedentes. Sus pisadas sobre el empedrado viejo, eran secas y pausadas. Caminaba de modo diferente a como lo hacía de modo habitual. El músico invidente siguió tocando, imperturbable, tras mascullar una ininteligible palabra de gratitud.

Saúl se halló en el callejón. Avanzó hasta la pared del fondo. La única farola de alumbrado público que iluminaba la zona despedía una luz tétrica y lechosa, difuminada en la bruma, espesa como humo ácido y maloliente.

Miró la ventana trasera del restaurante. El Showboat cerraba esta noche. Era su día festivo. Al lado opuesto, el ventanuco del almacén

permanecía en sombras. Tal vez el gato «Diablillo» y su viejo dueño, el conserje Marston, anduvieron por allí dentro, pero no se les veía ni oía.

La soledad del callejón era impresionante. La música del manubrio de Pierre era lo único audible y vivo en aquel lugar desolado. Lasky permaneció inmóvil bajo la farola. Como si hubiera alguien allí con él, comenzó a hablar en solitario. Era igual que expresar sus pensamientos en voz alta. Para él solo, ya que nadie parecía escucharle.

—Hace casi quince años —comenzó en voz alta, grave y lenta—. Quince largos años para quien planea una venganza lenta, cruel e implacable... Un local se incendia de repente, por una imprudencia de alguien. Todos escapan hacia la salida. Pero uno de los presentes ha sufrido recientemente una caída, y lleva escayolada una pierna. Entre las llamas, pide auxilio, incapaz de correr, renqueante, angustiado por las pavesas y vigas ardientes que empiezan a caerle encima. Los demás están ya en la salida. Nadie, absolutamente nadie, en el terror pánico del momento, piensa en él ni en ayudarlo a salir de la horrible trampa ardiente en que se ha convertido una pequeña cava de artistas, en los sótanos de un viejo teatro de estructuras de madera.

Una pausa. La musiquilla del manubrio, allá en la puerta del callejón, era lo único audible en el silencio. La única evidencia de que había alguien con vida cerca de él. Si existía otra persona en el callejón, no era visible. No se la percibía lo más mínimo. Como si Lasky hablase con un fantasma. El asesino fantasma de Cementery Street.

—Un hombre que hubiera sido importante en el futuro, cuya carrera se iniciaba prometedoramente, quedaba truncada allí mismo, por la estupidez de un hombre llamado Charles Freeman, actor de burlesque, al manipular imprudentemente un hornillo de gas de la cava de artistas, provocando el fuego, para que luego los demás fuesen tan culpables como él, al no auxiliar al hombre que clamaba en petición de ayuda, sin que nadie se la prestara. Así, una viga desprendida del techo cayó sobre el infortunado y... un gran pintor, un futuro genio del arte pictórico, hallaba su fin como tal en aquel dantesco escenario. No murió, pero importaba poco. El artista había muerto. ¿Qué puede hacer un pintor cuando una viga ardiente cae sobre su rostro... y le deja CIEGO?

La figura de Pierre Leblanc, el músico callejero invidente, asomó ante él, emergiendo de la niebla como un espectro, como una sombra amenazadora y extraña. En su mano derecha, el bastón de invidente golpeaba el empedrado con ritmo pesado, lento.

Sin embargo, la música del manubrio seguía sonando, allá en la entrada del callejón. Como si el ciego Pierre Leblanc pudiera estar en dos sitios a la vez.

—De modo que lo sabe —silabeó roncamente el ciego—. Lo sabe todo...

—Todo, Pierre —asintió Lasky fríamente, contemplando aquella alta, erguida figura, cuyo bastón era una temible arma homicida, llegado el caso—. Se acabó su venganza.

—Yo no diría eso, señor Lasky —declaró lenta, roncamente, el hombre sin ojos—. Me falta Bibby Sothern. Ella también estaba en aquel grupo.

—Lo sé. Pero ahora es diferente. Bibby no acudirá a su cita mortal en esta calle. Y estoy yo, Pierre.

—Usted no cuenta. Ha venido aquí. Y morirá por ello. Luego le tocará a Bibby. Después, ya nada me importará. En realidad, estoy muerto desde hace quince años. ¿Sabe lo que significa vivir siempre en la sombra, desfigurado y envejecido, enfermo y amargado, cuando se ha podido ser todo en la vida?

—Lo imagino. Pierre. Pero matar a esa gente no resolvía ya nada. Había pasado tiempo. Cada uno había sufrido también su parte. Ross era un maleante, Emily una prostituta, Colfax un vulgar fotógrafo callejero y no un artista de la cámara como esperaba, Bibby sufrió un accidente que la provocó amnesia parcial, Freeman buscaba en las basuras y se emborrachaba con limosnas... Su tragedia no es única, Pierre. Todo el mundo sufre alguna vez la suya propia. El error al provocar un incendio, o el miedo que le incita a uno a escapar de las llamas sin prestar auxilio a otros, es humano y no responsabiliza a nadie de mala fe o de crueldad. Somos así, sencillamente. Usted debió olvidar, perdonar...

—¿Olvidar? ¿Perdonar? —la risa hiriente del ciego se hizo agria—. ¿Después de pasar varios años en un centro de internamiento para rehabilitación de invidentes, tras un largo año de operaciones para dejar mi rostro medianamente visible, con, las huellas del fuego en mi cabeza abrasada y sin cabello? ¿Con mi cuerpo hecho una llaga, mis ojos vacíos para siempre, mis manos perdidas para los pinceles que ya no pueden manejar, puesto que le falta la luz al creador? ¿Olvidar mis años siguientes, tras huir de ese centro, pidiendo limosna, viviendo de caridad, hasta reunir algún dinero, volver a esta ciudad, y buscar entonces a mis antiguos camaradas para vengarme en ellos? No, Lasky, no puedo ni sé perdonar. Lo que me pregunto es cómo pudo usted sospechar de mí... Está oyendo esa música ahora. Es mi mejor coartada. Un hombre que toca en un sitio, no puede estar en otro, matando a una persona... ¿Cómo lo supo?

—Por un gato.

—¿Por... qué?

—Un gato le delató, Pierre. La primera vez que lo hizo, huyó asustado. Yo creí que porque había presenciado el crimen y sentía miedo. Era

así, en efecto, pero sentía miedo a usted. Apenas escapó, fue usted quien apareció en escena. Anoche, de nuevo, maulló asustado y escapó, cuando usted tocaba su música en el manubrio. No era la música la que le asustaba, sino su relación con usted. El gatito sabía que es malo, que es un criminal. Le ha acechado noche tras noche, le ha visto matar. El lo sabe todo... y me lo dijo a su manera.

—No es un buen testigo para un tribunal —rió Pierre, despectivo—. ¡Un gato!

—Hay más cosas: la historia del Metropole, el hecho de que nadie entrara ni saliera de este callejón, según usted. Y ese manubrio que utiliza, evidentemente mecánico, aunque no lo parezca. Le ha bastado instalarle un sistema automático de sonido, lo deja en la entrada del callejón, tocando solo, y usted viene a matar a sus víctimas. ¿Cómo pudo atraer aquí a las demás, tras morir Ross Levin? Debieron sospechar algo...

—No fue difícil. Levin no había sido identificado. Emily Parker no sabía nada. Pero su hija receló y vino en su lugar. Me equivoqué esa vez. Demasiado tarde, comprobé que no había matado a Emily.

—Alguien lo hizo luego por usted.

—Lo sé. En cuanto a Colfax, no creía en asesinos fantasma ni relacionó a Emily con la primera víctima. Y menos aún conmigo. Yo, entonces, era Pierre Charles Leblanc. Ni siquiera me recordaban, posiblemente. Colfax venía a menudo por estas zonas. Le llamé. Entró... y cayó. Bibby no ha venido aún. Si no lo hace, iré yo a por ella. En cuanto a Charles Freeman, sí sospechó de mí. Vino a verme, armado. Llevaba un cuchillo. Con él le maté, arrebatándoselo en la lucha. Iba a denunciarme a la policía el muy cerdo, después de ser el principal responsable de cuanto entonces sucedió. Ahora ya lo sabe todo.

—Sí, ya veo —suspiró Lasky. Miró el bastón blanco del ciego, con aprensión, empezando a buscar en su chaqueta, en busca de su pistola—. Usted nunca ha usado su bastón para matar, ¿no es cierto?

—No, nunca. Hubiera sido delatarme yo mismo. A un ciego, se le puede escapar fácilmente la limpieza de una simple gota de sangre en un bastón blanco, y eso hubiera sido fatal. Puedo moverme sin bastón por aquí, Lasky. Conozco esto como la palma de mi ano. Pero ahora sí lo usaré. Para matarle a usted. Pero antes... ¡para dejarle tan a ciegas como yo mismo! Con la ventaja de que a mí no me preocupa la oscuridad...

Alzó rápido el bastón. Golpeó la farola, destrozando el vidrio. Se hizo oscuridad total en el callejón sin salida. Chascó en esa oscuridad la hoja del estoque, brotando del bastón blanco.

Angustiado, pistola en mano, pero rodeado de tinieblas, Saúl Lasky supo que estaba en total desventaja, luchando contra un ciego en su mejor ambiente: la oscuridad.

Disparó. Pero supo que no iba a acertar.
Un instante después, la hoja de acero penetraba en su carne.

CAPÍTULO X

Por fortuna, solamente perforó su brazo derecho.

Lasky emitió un aullido ronco de dolor, cuando la hoja, afiladísima y punzante, atravesó su carne como si fuese mantequilla. La sangre empapó de inmediato su brazo, y perdió la pistola, que rodó por el empedrado, en la oscuridad. Tanteó, con su mano zurda, torpemente, en busca del arma. Oyó un seco impacto. Un puntapié. El ciego había alejado de una patada la pistola de su alcance. Aquel maldito asesino loco, veía en la sombra como si tuviera mil ojos.

—¡Vamos, señor Lasky! —rió agriamente el ciego—. ¿De qué le sirven sus ojos ahora? Está en total desventaja. Hace más ruido que una locomotora. Sé exactamente dónde está. Voy a atravesarle. No, no, es igual que se mueva a su derecha... o ahora a su izquierda. Tampoco gana nada retrocediendo. Le sigo como si le viera. Mejor aún. Sus sonidos son reveladores. Está desarmado. Yo, ante usted. ¿Qué puede hacer, pobre idiota?

Jadeó Lasky, angustiado, realmente impotente, sintiendo la desesperación de sentirse observado, vigilado, controlado por aquel monstruo invidente que podía saber con total exactitud sus movimientos, su situación exacta...

Pero no estaba totalmente desarmado. Buscó en un bolsillo, sintiendo muy cerca de él el roce en el aire del arma incisiva, mortífera. Brooks habría oído el disparo sin duda. Pero tardaría demasiado en llegar para salvarle.

Lasky extrajo su único recurso actual: un humilde cortaplumas que abrió. Chascó ligerísimamente el muelle. Aun así, Pierre lo captó. Hubo una risa burlona en la sombra.

—Pobre necio... —comentó, sarcástico—. Un vulgar cortaplumas. ¿Adónde lo arrojará? Ni siquiera sabe dónde estoy a cada momento. Tenía razón el maldito ciego, pensó Lasky. Mientras ha biaba, Pierre no cesaba de moverse en círculo. No podía ver nada entre la niebla espesa y la oscuridad. Lejanísimo, llegó un silbato policial. Eso decidió al invidente asesino.

—Se agota el tiempo —dijo fríamente—. Debo rematarle. Adiós, señor Lasky...

Saúl tuvo una idea brusca, súbita. Gritó con voz ronca:

—¡«Diablillo»! ¡A él! ¡Atácale! ¡«Diablillo»!

La idea tenía su razón. Al fin había visto algo. Dos fosforescencias amarillas en la oscuridad, ¡los ojos del gato!

«Diablillo» quizá estaba asustado. Pierre siempre le asustaba. Pero su

voz de amigo en apuros tuvo más fuerza que su miedo. Oyó Lasky un bufido ronco. Luego, algo hendió el aire. Tampoco los gatos necesitaban luz para atinar en la sombra.

Pierre lanzó un alarido al sentir las zarpas del gato sobre él. Forcejeó, rabioso.

—¡Quita de aquí, sucio animal! —rugió.

Lasky ya tenía localizado en las tinieblas a su temible enemigo. «Diablillo» peleaba furiosamente con él. Podía ver destellos amarillos de sus pupilas en el forcejeo. Rápido, se lanzó en esa dirección.

Apenas tocó un bulto grande y pesado, no vaciló. Hundió repetidas veces su cortaplumas en aquella carne blanda y grasienta. Pierre aulló de dolor. El bastón golpeó el empedrado. Lasky siguió apuñalando a su enemigo, con furia casi homicida. Le oyó caer. «Diablillo» bufaba furibundo.

Al fin, como si hubieran transcurrido siglos hasta entonces, luces de lámparas en movimiento alumbraron la calle. Unos brazos le sujetaron férreamente. El rostro del patrullero Brooks flotó ante él, como bailoteando en la bruma.

—¿Pero se ha vuelto loco, señor? —jadeó—. No siga apuñalando a este hombre. Está muy malherido, le ha acribillado usted la espalda, el costado... No sé si vivirá.

—Agente Brooks, si no hago esto, yo no viviría ahora —jadeó Lasky, convulso, mostrando su brazo derecho bañado en sangre, colgando inerte—. Es un monstruo, un verdadero maníaco asesino...

—¡No es posible! ¡Si es Pierre, el músico ciego! Pero ahí fuera, su caja de música está tocando sola...

—Exacto, Brooks. Tocando sola. Su coartada, ¿lo entiende? El asesino no era invisible ni fantasmal. Era, sencillamente, ciego. El único testigo en quien creíamos totalmente. Ahora, por favor, llame a una ambulancia. Y diga a mi cuñado que siento haberle estropeado un poco a su prisionero...

Le trasladaron en pocos minutos al hospital. Sus primeras visitas, cuando se recuperó de la intervención quirúrgica, fueron el agente Sherman y su cuñado Vojdinsky. Le felicitaron ambos. Pierre estaba grave, muy grave. Tal vez moriría. Pero había confesado todo. Lasky sintió cierto alivio.

Después tuvo otras visitas. La siguiente, el viejo Wilkie Marston, con «Diablillo». El personal del hospital no estaba muy de acuerdo en que entrase un gato allí, pero el teniente había arreglado eso. El pobre animal tenía algunos cortes, obra del estoque del ciego asesino. Pero estaba bastante bien.

Marston le regaló a «Diablillo», y Lasky aceptó. Ese gatito simpático a quien debía la vida, sería una buena compañía para un solterón solitario como él.

Aunque tras la última visita, la de Saddy Laverne, Saúl Lasky resolvió dejar de ser un solterón. Pero sin renunciar a «Diablillo», por supuesto. Saddy estaba tan contenta al saber que iba a casarse con él, que no puso la menor objeción a que un gatito formase con ellos el futuro hogar.

FIN

[←1]

Alusión a la famosa obra de Tennessee Williams. Un tranvía llamado deseo. En Nueva Orleans, las diversas líneas tranviarias siempre llevaron un nombre determinado, en vez de un número. Así. la línea que conducía al cementerio. se llamaba «Deseo», de ahí el título utilizado por el autor teatral para su drama. Por cierto, la florista tradicional, aquí citada, es también un personaje de dicha obra. «N. del A.»

[←2]

Más de un metro ochenta, y noventa kilos de peso.

[←3]

VIP: como se sabe. «Very important Persons». Personas muy importantes.